

Realidad

MINISTERIO DE CULTURA

Mikel Erdera

Conciencia nacional y conciencia de clase

La identificación del proletariado autóctono con su habitat nacional puede ser un arma de división en manos del poder... Sólo una clase objetivamente revolucionaria, armada, además, de una teoría revolucionaria, puede aplicar de manera consecuente el principio de autodeterminación de todas las nacionalidades y poner freno a la tendencia del capitalismo a la conquista de mercados.

Zigor

¡Por Euzkadi!

Para incrementar la lucha por las libertades nacionales y por el socialismo, habrá que superar falseadas, parcialidades deformadoras y doctrinarismos con pretensiones de ley universal.

Sergio Vuskovic

Pluralismo ideológico

¿Qué necesidades ideológicas plantea una sociedad socialista pluripartidista? ¿Cómo se determinan los papeles a jugar, las garantías recíprocas? ¿Cuál es la respuesta concreta chilena?

MINISTERIO
DE CULTURA



Mikel Erdera

CONCIENCIA NACIONAL Y CONCIENCIA DE CLASE (primera parte)

(Notas para un análisis marxista de las nacionalidades hispánicas)

«La cuestión nacional, según las distintas épocas, sirve a intereses distintos, adopta matices diversos, en función de la clase que la plantea y del momento en que la plantea»

Carlos Marx

Introducción. - Los comunistas españoles ante la cuestión nacional

A lo largo de su historia, el Partido Comunista de España ha ido defendiendo una estrategia revolucionaria en la que la liberación de las nacionalidades integradas bajo el Estado español constituye un objetivo irrenunciable. Sin embargo, esa definición contiene aún ambigüedades que responden indudablemente a la complejidad del proceso histórico de formación del Estado multinacional español, así como a la interferencia de la lucha de clases con la estabilidad de los diversos sentimientos nacionales.

En el momento actual, parece existir en nuestro Partido cierta tendencia a «idealizar» los movimientos nacionales de Catalunya, Euzkadi y Galicia.

Una exaltación incondicional de los movimientos nacionales, con todo lo que tiene de saludable frente al españolismo imperialista, puede resultar peligrosa. En los últimos tiempos se está radicalizando, en el propio seno de los movimientos nacionales de Euzkadi, Catalunya y Galicia, una auténtica posición de clase, una crítica marxista de las idealizaciones del nacionalismo burgués. Creo que los comunistas debemos de saludar y apoyar con todas nuestras fuerzas ese proceso, al que tanto ha contribuido nuestra propia lucha. Y por ello es vital nuestra propia precisión en el análisis de la cuestión nacional.

La historia de España es sobradamente explícita en el carácter clasista de las diversas formulaciones nacionalistas. Como botón de muestra, recordemos los hechos de 1909: la clase obrera catalana, en un ejemplo de internacionalismo, se opuso al embarque de tropas para la campaña de Marruecos, dando lugar a lo que habría de llamarse la «Semana trágica», reprimida a sangre y fuego por el gobierno central. Pues bien, el 18 de agosto de 1909 los diputados y senadores catalanistas publican un manifiesto, redactado por el propio Prat de la Riba,

patriarca indiscutible del nacionalismo burgués de Catalunya, en el que proclamaban: «Como ciudadanos de un país cuyas instituciones representativas abren el camino a la ordenada manifestación de la voluntad y de los sentimientos populares, como catalanes enamorados de nuestra tierra, condenamos las violencias contra las personas y contra las propiedades, perpetradas para mayor irrisión en nombre del pacifismo... Protestamos de que se haya escogido para perpetrar estos atentados el momento en que nuestro ejército lucha heroicamente para sostener, en una campaña exterior, la dignidad y el futuro de España» (1).

Esta exaltación del imperialismo español en Marruecos por parte de los portavoces burgueses de una nacionalidad oprimida por España, no es sólo una prueba de la inconsecuencia nacional de la burguesía, sino también la evidencia de que, en definitiva, en los momentos de crisis, es el interés de clase el que dicta las diversas actitudes ante la cuestión nacional. Sólo una clase objetivamente revolucionaria, armada, además, de una teoría revolucionaria, puede aplicar de manera consecuente el principio de autodeterminación de todas las nacionalidades y poner freno a la tendencia del capitalismo a la conquista de mercados.

Los comunistas españoles pueden estar legítimamente orgullosos de su política internacionalista. Pepe Díaz, Secretario General del P.C. de E., exigía en 1935 «la liberación de los pueblos oprimidos por el imperialismo español. Que se conceda el derecho de regir libremente sus destinos a Catalunya, a Galicia, a Euzkadi y a cuantas nacionalidades estén oprimidas por el imperialismo español». Mientras las viejas organizaciones obreras, el PSOE y la CNT —so pretexto del indudable oportunismo de las burguesías nacionalistas— adoptaban posiciones de imperialismo «españolista» ante la cuestión nacional, mientras las propias burguesías periféricas, alarmadas por la radicalización popular, recurrían al aparato del Estado centralista y se limitaban en sus aspiraciones a las autonomías «estatutarias», Pepe Díaz reiteraba en 1936: «Queremos que las nacionalidades de nuestro país, Catalunya, Euzkadi y Galicia, puedan disponer libremente de sus destinos, ¿por qué no?, y que tengan relaciones amistosas con toda la España popular. Si ellos quieren liberarse del yugo del imperialismo español representado por el Poder Central tendrán nuestra ayuda. Un pueblo que oprime a otros pueblos no se puede considerar libre» (2).

El P.C. de España, tras la victoria del Frente Popular, explícitamente «llama a las masas populares de Catalunya, Euzkadi, Galicia y Marruecos a reforzar su actividad en la lucha por su liberación nacional y social, por su derecho a la autodeterminación» (3).

El ejemplo quizá más elevado de esta capacidad de los comunistas hispánicos para unir indisolublemente las cuestiones de la liberación nacional y de la liberación social es la creación del PSUC: en efecto, el 23 de junio de 1936, una Comisión de Enlace formada por cuatro grupos obreros, algunos originariamente catalanistas (el Partit Català Proletari, escisión obrerista del Estat Català, y la Unió Socialista de Catalunya, de hecho un «ala izquierda» de la Esquerra), otros (como la Federación Catalana del PSOE) más bien alérgicos al nacionalismo catalán, aprueban unos principios comunes y entre ellos el 4º, según el cual el nuevo partido unificado de los trabajadores de Catalunya «alça la bandera de l'alliberament nacional del poble català i serà el seu més fidel combatent i organitzador per a la conquesta de la llibertat nacional i social del nostre poble» (4). merece destacarse que esta unificación obrera y nacional era al mismo tiempo la primera ocasión en la historia mundial en que socialistas y comunistas se unían en un solo partido bajo los principios leninistas.

La posición del P.C. de E. ante el principio de autodeterminación no ha cedido ante ningún oportunismo histórico: ni el apoyo de la burguesía catalana a la dictadura primorriverista, ni la contribución de sectores pequeño-burgueses y campesinos, gallegos o navarros, y de las kábilas de Ifni o del Rif a la victoria franquista, han movido un ápice la posición de principio del Partido en defensa de los pueblos catalán, vasco, gallego, marroquí, guineano o saharauí a la autodeterminación. (5) (*).

Por todo ello, no creo que los comunistas estemos obligados en absoluto a hacer gala de un nacionalismo incondicional, sea éste catalán, gallego, vasco o español. Más bien, en las actuales circunstancias de la lucha en España, y para asegurar la hegemonía obrera en la revolución democrática, debemos prestar la mayor atención a los intereses de clase desde los que se impulsan los distintos movimientos nacionales, subrayando con renovada energía la interrelación dialéctica de la liberación nacional con la lucha de clases.

I. — La crisis del proceso de unificación española

Quizá muchos de los datos que a continuación sintetizo son lugares comunes, meras esquematizaciones de hechos bien conocidos. Pero los considero necesarios para clarificar mínimamente nuestra posición de clase ante la cuestión nacional.

Los más eminentes teóricos de la historia de España no han llegado a ponerse de acuerdo sobre los orígenes de la «nación española»: el pueblo íbero para Menéndez Pidal, la colonización romana para Sánchez Albornoz, la Reconquista medieval —y aún con distintas interpretaciones— para Américo Castro y Maravall... Lo cierto es que, prescindiendo de concepciones románticas de la historia, la enorme diversidad originaria de España sólo puede reducirse a una unidad mediante un proceso político, ligado al Estado monárquico que surge con los Reyes Católicos. Este Estado conservará durante todas las empresas y conquistas de los Austrias su carácter de Imperio artificial, multinacional, como el otomano o el austro-húngaro; los avances en la centralización y otros cambios políticos bajo los Austrias no afectan a la «conciencia nacional», que sólo habría de consolidarse con el ascenso de la burguesía y la unificación del mercado español. Así, por ejemplo, la sublevación victoriosa de la nobleza portuguesa contra Felipe IV ha hecho que las fronteras con Portugal se consideraran irreversibles cuando, siglos más tarde, la identificación nacional-española define su ámbito territorial; en cambio, en el mismo año de 1640, los campesinos catalanes se sublevaron también contra Felipe IV, pero el hecho de que fueran derrotados tras una larga guerra y de que Catalunya permaneciera dentro del ámbito territorial español, ha bastado para legitimar «a posteriori» esta anexión imperialista como sentimiento visceral del nacionalismo burgués español. Injusticias históricas como ésta son las que han de resolver los movimientos de liberación nacional, enmarcados ya en una revolución socialista puesto que la burguesía ha sido incapaz de resolverlos.

Otro ejemplo simbólico del carácter político y tardío —fachada ideológica del desarrollo de un aparato de Estado centralizado— del sentimiento nacional-español, es que fue en el siglo XVIII cuando Carlos III utilizó por primera vez el título de rey de España, dejando de titularse rey de Castilla, León, Aragón, Navarra, etc.

En todo este proceso juegan un papel esencial dos

factores: la vitalidad anexionista de Castilla, y la paulatina centralización del aparato de Estado bajo el poder monárquico.

Castilla culmina la Reconquista peninsular como verdadero crisol de culturas: a las raíces de los astures del «bable» y las viejas y fuertes influencias galaicas y vascas, une el tronco románico-visigótico-leonés, la proyección por la Extremadura de los dialectos pastores y guerreros y la incorporación de la tradición árabe tan característica aún en las culturas regionales de Murcia y Andalucía. Tras la rápida asimilación de los «guanches» canarios, las fuerzas sociales y militares de Castilla miran desde el S. XV hacia Africa, hacia el Océano...

Castilla reunía condiciones esencialmente favorables para convertirse en el Estado dominante de la Península, como eran su estructura militar-expansionista (réplica en miniatura de la «jihad» o guerra santa de los pastores y guerreros nómadas musulmanes), forjada en la Reconquista, y su posición geográfica central. Aún así, quizá sin la conquista de América, que desde un principio se llevó bajo la primacía lingüística del castellano, Castilla no hubiera podido unificar bajo un solo Estado las viejas y poderosas culturas nacionales de la península.

En realidad, la unidad nacional de España, más que un fenómeno propio del territorio peninsular, es una consecuencia de la necesaria unificación de fuerzas para una «empresa» proyectada al exterior. Tras el repliegue de España en sí misma, las desigualdades estructurales salen de nuevo a la luz.

La diversidad geográfica peninsular, donde Elysée Reclus observó que «el principio de la federación parece escrito en el propio suelo», se agudizaba además con las distintas evoluciones sociales y económicas. Las contradicciones internas de las clases dominantes, la gran crisis económica del s. XVII, ponen en cuestión el marco unitario forjado demasiado rápidamente al declinar el s. XV.

Los Austrias no pudieron evitar militarmente la independencia de Portugal, pero sí la de Catalunya. Esta dinastía consolida la identificación de Castilla con el Estado español. Y, sin embargo, este predominio castellano era ya más un mito que una realidad operante. Si bien el vigor popular inicial de las instituciones castellanas fue un impulso importante de la unificación —puesto que el carácter más libre de sus instituciones, de los concejos de la democracia foral, hacía preferible para las masas populares la dependencia de los reyes de Castilla, frente al feudalismo clerical y nobiliario dominante en Galicia o Catalunya—, las libertades de los municipios castellanos fueron la primera víctima de ese proceso de unificación. Tras el aplastamiento de los «comuneros» y la fijación de la burocracia cortesana en Madrid, la tradición castellana no pasa de ser un ornato del Estado monárquico. Cuando los ideólogos del imperialismo español, en épocas bien recientes, exaltan el «espíritu de mando» (Ortega, *España invertebrada*) o la «casta histórica de Castilla» (Unamuno, *En torno al casticismo*), como factor dominante en la forja de la nación española, no hacen en realidad sino ocultar bajo sus idealizaciones la utilización y consiguiente decadencia de las energías históricas de Castilla bajo el poder imperialista de las dinastías monárquicas y de la burocracia cortesana de Madrid.

Perdida la libertad del pueblo castellano, agotada en conquistas exteriores aquella vitalidad de los repobladores «aforados» que hizo de Castilla la cuna del primer Estado moderno, la siguiente víctima del proceso centralizador habían de ser las libertades de los catalanes (6).

Ya la supresión de los Fueros de Aragón por Felipe II era un antecedente de la jerarquización burocrática

que impondrá la monarquía de los Borbones. La abolición de los fueros de Valencia y Catalunya por Felipe V es quizá el momento clave en el proceso de creación del Estado español propiamente dicho, paralelamente a una progresiva articulación del mercado interno. Este proceso culminará, tras las guerras civiles —las «carlistadas»— entre la pequeña burguesía autonomista y la gran burguesía liberal-españolista, con la abolición de la legislación foral vasca en el siglo XIX. El rígido uniformismo del trazado administrativo de las «provincias» se lleva a cabo en el fragor de nuestra vacilante revolución burguesa. Y, sin embargo, las crisis, las indecisiones y carencias que impiden a la burguesía ascendente imponer su hegemonía política, impedirán también que ese proceso unificador, propio del siglo de la revolución industrial, triunfara definitivamente.

En el mismo siglo en que Italia y Alemania alcanzan su unidad nacional, la ya secular «unidad española», formalmente consolidada en el plano del aparato político, se va a pique en cuanto al sentimiento nacional.

El unitarismo impuesto a lo largo de los siglos por la fuerza de las armas es incapaz de dar a luz un auténtico «nacionalismo español» bajo el que la burguesía revolucionaria pudiera imponer su hegemonía (7). El nacionalismo españolista sólo alcanza coherencia política en el Estado oligárquico de la Restauración, desprovisto ya de toda la fuerza revolucionaria que le había infundido la intensa solidaridad despertada en las diversas nacionalidades por la común resistencia durante la guerra de Independencia. Las formulaciones más elaboradas de un nacionalismo burgués progresivo van a cristalizar precisamente en núcleos sociales periféricos, opuestos a la estructura misma del Estado centralista español.

II. — La dominación histórica de Galicia, Euskadi y Catalunya

Para comprender la fuerza histórica de los sentimientos nacionales que renacen con el «segundo aliento» de la revolución burguesa, es preciso hacer referencia al proceso de dominación sufrido por las nacionalidades de Galicia, Catalunya y Euzkadi, las viejas culturas populares que no pudieron ser totalmente destruidas por la unificación que el absolutismo monárquico impuso a partir del Reino de Castilla. Quizá la característica más saliente de este proceso de dominación es precisamente **la destacada participación de las propias clases dirigentes de Galicia, Euzkadi y Catalunya en la enajenación de sus libertades nacionales y en la consolidación del Estado español.**

(a) GALICIA

La potencia de la vieja nacionalidad céltica del Noroeste peninsular quedó patente en su capacidad para crear un centro alternativo a la civilización musulmana. El mito de Santiago, que unificó ideológicamente la Reconquista cristiana, contribuyó a hacer de Compostela la más floreciente ciudad hispana de los siglos XII-XIII. Sin embargo, tras el esplendor de la Galicia de Gelmírez latían agudos antagonismos de clase. Las revoluciones «irmandiñas» habían de constituir los primeros combates de las rebeliones campesinas de la Europa feudal (8). Empero, estas revoluciones fueron derrotadas, y con el poder feudal de la nobleza y el clero se iniciaría la decadencia de Galicia. La cultura galaica, brillantemente incorporada al pensar y al navegar del reino portugués, irá debilitándose en su hogar natal, anexionado por Cas-

tilla. El parasitismo feudal de las «manos muertas» (la inmensa mayoría de las tierras en propiedad de los monasterios y órdenes religiosas), de los «foros» y «subforos» que agobian a los campesinos, son, como han demostrado desde Alvarez Soto hasta Vicens Vives, las causas históricas del minifundio. La emigración gallega no es consecuencia de superpoblación, como pretende la historiografía reaccionaria, sino del estancamiento económico producido por el feudalismo. La emigración y la pobreza rural se mantienen hasta nuestros días como «piezas de un mismo engranaje social» (Paz Andrade), que actúa como regulador de una estabilidad de nivel muy bajo. La emigración ha privado a Galicia de la energía necesaria para enfrentarse a sus problemas históricos: inutilización de riquezas naturales, descapitalización creciente. La Galicia marginada por el centralismo del Estado castellano, verdadera «Irlanda española», carente durante siglos de una clase dirigente auténticamente progresiva, pasará sin transición de la dominación feudal a la expropiación sistemática del capital monopolista.

(b) CATALUNYA

El vigoroso feudalismo de la tierra que caracteriza a Catalunya en la España medieval tiene su origen, como ha subrayado Ramos Oliveira, en la influencia transpirenaica sobre la Marca Hispánica. Durante la Reconquista, las fuerzas sociales de Catalunya orientan preferentemente su expansionismo hacia un Imperio mediterráneo, bajo la forma política de una Confederación monárquica con Aragón y Valencia. Pese al indudable vigor comercial y cultural del Principado, en cuyas franjas costeras se desarrolla una burguesía artesana y mercantil, la oligarquía feudal catalana antepone su dominación de clase a sus pretensiones de independencia política; tal el sentido del «Compromiso de Caspe», por el que los nobles catalanes reconocen la soberanía de los Trastámaras castellanos a cambio del mantenimiento de sus privilegios. En cambio, cincuenta años más tarde, en 1462, los nobles catalanes toman las armas tanto para defenderse en la guerra civil contra los «pageses de remensa», como frente al poder central castellano al que éstos se acogían. Esta interferencia cambiante de las luchas de clase y nacional es una constante de la historia de las oligarquías catalanas.

Bajo la Corona de los Austrias, Catalunya aunque desplazada de la conquista americana, logra mantener su dinamismo económico cuando Castilla lo pierde; este factor va a reforzar su vitalidad social y cultural y sus ansias de independencia. Por primera vez, en 1640, la rebelión nacional y la popular se unen cuando las tropas de Olivares chocan con los «segadors» campesinos. La derrota no altera la vocación autonomista de la naciente burguesía catalana, que en la siguiente ocasión propicia, en 1705, durante la guerra de Sucesión, aspira a consolidar su hegemonía en ascenso convirtiendo a Catalunya, mediante el libre comercio, en una nueva Holanda. La victoria de los Borbones y el Tratado de Utrecht acabaron con estas pretensiones iniciales de una república burguesa, y, de paso, con los restos del Imperio mediterráneo catalán.

Pierre Vilar ha señalado que, bajo el centralismo borbónico, los catalanes aceptan paulatinamente la pérdida de su autonomía a cambio del creciente auge económico: «Lo que incorpora, orgánicamente, Catalunya a España, en el curso del siglo XVIII, es la prosperidad burguesa, y la aceptación por Madrid de las aspiraciones económicas de la periferia» (9).

Durante el siglo XIX, la próspera y creciente industrialización catalana chocará con la incapacidad de la oligarquía centralista para incorporar al país a la revo-

lución industrial y para proteger sus mercados frente a la competencia extranjera. La defensa arancelaria de la industria catalana no es bien acogida en la Corte. Así, frente a la inestabilidad política de una revolución burguesa frustrada, frente a la estrechez del mercado español, la burguesía catalana comenzará a evocar la antigua independencia, la prosperidad de su imperio mediterráneo. Es la insatisfacción de unos intereses de clase lo que hace insostenible una dominación nacional anteriormente aceptada como provechosa.

(c) EUSKADI

El caso vasco presenta una serie de peculiaridades: en primer lugar, se trata de una etnia cuyos orígenes se remontan a la Edad de Piedra, que permanece al margen de la romanización y, en general, del contacto con las diversas culturas esclavistas mediterráneas, de los griegos a los árabes, que fecundaron la historia de los demás pueblos peninsulares. Esta especificidad no excluye, por otra parte, una marcada influencia del euskera sobre las lenguas vecinas, del occitano al castellano, que testimonia una probable relevancia cultural de Euskal Herria que se extiende hasta la Edad Media.

En segundo lugar, la formación social del País Vasco se basa, durante muchos siglos, hasta el alto Medievo, en una peculiar comunidad de tribu y de raza. La separación en clases es fundamentalmente de origen exógeno, a raíz de las necesidades defensivas que planteó la invasión árabe. Euskadi pasó sin transición de la comunidad primitiva al feudalismo, sin haber conocido la esclavitud.

La primera estructura política vasca, fruto de la escisión en clases, será el Estado feudal de Navarra. La formación de la clase de los «Jauntxoak», o señores de la guerra, el establecimiento del tributo de la tierra en torno a las «Elizateas» (anteiglesias), son fenómenos que acompañan a la progresiva asimilación y diferenciación social de pobladores venidos en busca de protección.

Así pues, la formación de la nacionalidad vasca como entidad política comienza simultáneamente a la escisión en clases y a la incorporación de los inmigrantes. La «misión histórica» de este primer Estado vasco fue precisamente la de «superar con un aparato coercitivo la estructura social comunitaria y étnica vasca», dando paso al modo de producción mercantil (10).

El desarrollo del comercio y de la burguesía irán consolidando la tendencia de Euzkadi a integrarse en la economía y la política castellanas. En realidad, el origen mismo de la burguesía vasca está ligado al poder naval y a los mercados que va abriendo la Corona de Castilla. Los Fueros vascos no expresan tanto una autonomía política meramente formal, como la preponderancia de la producción mercantil y la decadencia del poder feudal, fenómenos ambos impulsados por la expansión castellana, y que influyen también en el final histórico del Estado feudal navarro, el cual, entre la órbita francesa y la castellana, se decide por la mayor potencia económica de ésta.

Con la colonización de América se consolida una oligarquía mercantil vasca cada vez más ligada al poder imperialista castellano (compañías monopolistas en el comercio de Indias, financiación de Deuda Pública, fabricación de buques y armas). Desde el s. XVI, por tanto, los Fueros quedan reducidos a una tenue descentralización, ya que la misma burguesía que teóricamente rige los destinos de los vascos está fuertemente interesada en la unidad con Castilla. Los alicientes económicos de la «empresa americana» excluyeron el desarrollo de un Estado nacional vasco a partir de la democracia foral.

Sin embargo, aunque este proceso minó radicalmente

las libertades de Euskadi, no puede considerarse como históricamente negativo. Un estudio reciente de militantes nacionalistas vascos ha subrayado que el progreso y la vitalidad de Euskadi Sur, en contraste con la marginación y decadencia de Euskadi Norte, se debe a esta intensa interacción con los procesos socioeconómicos de Castilla (11). Dicho estudio, que constituye una notable aportación a la crítica marxista del nacionalismo vasco, demuestra convincentemente la existencia de una «acumulación primitiva» vasca, anterior a la importación de capitales extranjeros. Esta acumulación primitiva, basada en la expansión comercial hacia América y en la creciente concentración del capital en manos de la gran burguesía, invalida las tesis que el neocolonialismo pequeño-burgués ha construido sobre la «colonización de Euskadi» (p. e., «A los revolucionarios vascos», de Beltza) y reafirma la responsabilidad histórica de la gran burguesía vasca en la integración de Euskal Herria en el Estado español. El instrumento político que la clase dirigente vasca ha utilizado a partir del s. XVI en defensa de sus intereses ha sido precisamente el Estado nacional-español, y nunca las estructuras autónomas vascas. Más aún, esta gran burguesía vasca, junto con la oligarquía castellana y catalana y el capital extranjero, es la protagonista de una auténtica «colonización interior» de otras regiones y nacionalidades hispánicas: así, los braceros desposeídos y los campesinos expoliados, de Almería a Lugo, van a formar el proletariado inmigrado «maketo», al que esa misma oligarquía intentará más tarde marginar políticamente, en nombre de la etnia vasca.

La perduración de los fueros vascos, a diferencia de los catalanes, ofrece ciertas características que condicionarán el resurgir nacional de Euskadi; en efecto, si los Fueros protegían originariamente los intereses de la burguesía vasca, las tensiones introducidas por el desarrollo del capitalismo en Euskadi alteran esa identificación global.

Por una parte, se ha formado una clase de capitalistas financieros cuyo interés está ya en el desarrollo del mercado nacional-español. Esta clase apoya al liberalismo centralista «ilustrado». La primera sociedad «ilustrada» de España, la «Vascongada de Amigos del País», se funda en 1765 en Euskadi. El reformismo de los «caballeros de Azcoitia» era la «adolescencia inquieta» de esa clase, hoy ya anciana e inmovilista, que formó los grandes Bancos vascos que monopolizarán el desarrollo industrial español.

Por otra parte, los Fueros pasan a convertirse en la bandera de la pequeña y media burguesía autonomista, que proyecta contra el centralismo la amenaza que para ella supone el proceso de concentración capitalista. Así, las guerras carlistas que terminaron con los Fueros vascos, fueron en Euskadi una auténtica guerra civil, con la gran burguesía en el campo centralista-liberal (12), en pos de la consolidación del Estado nacional español unificado, y las clases pequeño-burguesas y campesinas defendiendo la causa foral, en ambigua alianza con la reacción clerical-tradicionalista del Antiguo Régimen. Este confuso entrelazamiento de los problemas nacionales y sociales influirá considerablemente en el carácter reaccionario, teológico-racista, de las primeras formulaciones del nacionalismo sabiniano.

En todo caso, el paso desde el foralismo reaccionario, ligado a intereses feudales, a un nacionalismo más abierto y progresivo está dialécticamente relacionado con la incapacidad de la burguesía liberal para romper definitivamente con el feudalismo aristocrático y con el Estado monárquico. Al quedar históricamente empantanada la transformación revolucionaria de la sociedad española que la burguesía capitalista estaba llamada a realizar, la causa de las nacionalidades oprimidas pasa a convertirse en un foco de cambio social y político.

III. — Los nacionalismos periféricos como respuesta a la frustración de la revolución burguesa española

La energía unificadora de la industrialización capitalista, que iba estructurando los mercados «nacionales» de los Estados europeos en totalidades compactas que, de las aduanas a los Parlamentos, se idealizaban en los sentimientos «patrióticos», se estrelló en España ante la debilidad de la clase que podía dirigir y encauzar ese proceso, por su papel en la producción. Únicamente en dos de las nacionalidades sometidas a la dominación del centralismo español, en Catalunya y Euskadi, se llega a consolidar una auténtica clase de empresarios industriales, cuyas actitudes ante el poder central serán sin embargo diversas.

Esta localización contribuirá a poner al descubierto la fragilidad interna del Estado español forjado por el absolutismo monárquico, que Marx comparó a los Imperios artificiales de la Europa Oriental.

La crisis del siglo XIX es la de unas clases dirigentes tradicionales, contestadas en su función por burguesías de base periférica, pero sin la suficiente decisión como para llegar a sustituirlas efectivamente. En un principio tanto la burguesía vasca como la catalana tenían voluntad unitarista; su aspiración era la dirección de la sociedad española. El federalismo de Pi y Margall, el proteccionismo de Boch y Labrús, la expansión financiera de los Ybarra, Zubiría, Chavarri, Gandarías y demás magnates de la industria vasca, se manifiestan claramente como voluntades hegemónicas en el marco del Estado español, frente a la crisis del Antiguo Régimen.

Pero esa voluntad hegemónica no llegó a establecer un poder radicalmente nuevo; el «abrazo de Vergara», la alianza con la aristocracia terrateniente en las desamortizaciones, la utilización del Ejército, la Iglesia y la Monarquía como instrumentos de gobierno, y finalmente el prolongado compromiso de la Restauración, aumentan el desfase entre el centro político tradicional —la burocracia cortesana y cuartelera de Madrid— y las posibilidades renovadoras de los nuevos centros económicos del capitalismo industrial catalán y vasco. Culminando las frustraciones del siglo, la pérdida de las últimas colonias en 1898 y el desplazamiento en los mercados americanos por el naciente imperialismo yanqui, prueban definitivamente la incapacidad del Estado español de la Restauración para proporcionar al capitalismo peninsular la protección necesaria en la era imperialista. Esta debilidad exterior es paralela a la creciente dominación de las materias primas, las industrias y servicios claves y sectores crecientes del propio mercado interior por el capital extranjero.

Quizá sin esta crisis general del Estado y de la conciencia nacional española que supuso «el 98», los anteriores desfases en el desarrollo, las pugnas internas del bloque burgués, no habrían alcanzado el «punto de ruptura» que hizo resurgir, en los hechos y en las conciencias, la antigua estructura multinacional.

Al filo del siglo XX, y bajo la dirección política de las burguesías respectivas, se van articulando los movimientos nacionalistas de Catalunya, Euskadi, y, más débilmente —ante la falta de una burguesía con potencialidades hegemónicas— el de Galicia.

Marx escribió que «el mercado es la primera escuela en que la burguesía aprende el nacionalismo»; así, la burguesía catalana empieza a recordar que su autonomía monetaria le había permitido evitar la «inflación del

vellón» durante la colonización americana, y sus reivindicaciones arancelarias empiezan a ver en el federalismo no tanto ya una solución política para toda España, cuanto un medio de asegurar la autonomía económica catalana (Almirall).

La Restauración había sancionado con un compromiso inestable la impotencia burguesa para presentar una alternativa radical al poder aristocrático sin movilizar al mismo tiempo fuerzas sociales que amenazaban con sobrepasarla en ímpetu revolucionario. Por ello, en 1874 se cierra, con frutos de todo punto magros, el ciclo revolucionario **frontal** de la burguesía. En 1898 suenan los clarines de un nuevo período: el intento de alcanzar **periféricamente** una hegemonía política que, en el Estado centralista de la Restauración, permanecía en manos de la oligarquía castellano-andaluza, mercantil y terrateniente, que había consolidado su dirección del bloque social de las clases poseedoras durante las batallas del s. XIX.

Sin embargo, la estabilidad política de los primeros años de la Restauración refuerza la acumulación capitalista. Como ha señalado Solé-Tura, es en el último cuarto de siglo cuando «la burguesía industrial catalana... terminó de consolidarse como clase» (13). Frente al caciquismo agrario predominante, temerosa al mismo tiempo de la nueva revolución social que apunta en los arrabales obreros, la burguesía industrial catalana es el prototipo de «una clase íntimamente reaccionaria que desempeñaba un papel revolucionario en el contexto hispano» (14). Ese papel transformador que la burguesía industrial había sido incapaz de desempeñar a nivel español, va a tratar de representarlo la burguesía catalana a partir de su particularismo nacional, pero ya en una época en que, como clase, ha perdido su radicalismo progresivo en las relaciones de producción.

El momento estelar de este intento es la síntesis de Prat de la Riba, que en su *Nacionalitat Catalana* logra aunar las cuatro grandes corrientes del catalanismo decimonónico: tradicionalismo social, proteccionismo económico, federalismo político, «renaixença» cultural (15).

Sin embargo, la existencia de un proletariado industrial numeroso y combativo, ya con varias generaciones de lucha sobre sus espaldas, hace singularmente ambiguo el papel social de la burguesía nacionalista, por ello, ante la nueva amenaza revolucionaria, la Mancomunitat y la Lliga fundada por Prat se irán inclinando hacia el «pactismo» con el poder central. Citamos más arriba el Manifiesto de Prat en 1909, al que habría de añadirse el enfrentamiento de Cambó con las huelgas obreras de 1917 y su bendición a la Dictadura de Primo de Rivera. **El asalto «periférico» de la revolución burguesa acaba así, al igual que había terminado el asalto revolucionario frontal del s. XIX, en un compromiso inestable con las fuerzas conservadoras.** Lo cual contribuyó, por otra parte, a sembrar la desconfianza hacia el catalanismo entre la clase obrera, especialmente en los fuertes contingentes inmigrados, factor que habría de dificultar la unidad de las fuerzas revolucionarias durante la II República.

Ahora bien, más allá del oportunismo de la clase que lo planteó inicialmente, el movimiento nacional catalán se convierte en el s. XX en un realidad irreversible: el catalanismo traicionado por la gran burguesía escapa de las manos de ésta, se vuelve contra ella. La pequeña burguesía —la Esquerra, Acció Catalana, Estat Catalá— toma en sus manos la bandera catalanista para dirigir el asalto de la revolución democrática antimonopolista. Así, durante la II República, en el choque entre los grandes propietarios y los «rabassaires», la gran burguesía se encuentra con que la legislación del marco político autonomista es ya hostil a sus intereses; en tal situación, la Lliga no vaciló en invocar la autoridad del poder central,

controlado a la sazón por la CEDA, contra la propia Generalitat catalana. Y para oponerse al Frente Popular, la Lliga forma en 1936, con los tradicionalistas, la CEDA, los monárquicos y los fervorosos centralistas-lerrouxistas, el «Front Catalá d'Ordre», estrepitosamente derrotado en las elecciones. Tras la formación del PSUC, con la clase obrera decididamente incorporada a la lucha nacional de Catalunya, la gran burguesía catalana conspiró y recibió con lógico alivio la victoria del franquismo, «pactando» una vez más en defensa de sus intereses de clase, y aceptando sin pestañear la destrucción más implacable de las libertades catalanas. De Gual Villalbí y Fontana Tarrats a Valls Taberner y Lopez Rodó, la oligarquía catalana se pasa con armas y bagajes al más irracional nacionalismo «españolista», a cambio de la protección de una extracción forzada de plusvalía absoluta que le permite fortalecer su acumulación de capital y lanzarse a ciertas aventuras exportadoras, a lo MATESA, en los mercados mundiales.

El nacionalismo vasco nace más tardíamente que el catalán. Dado el entrelazamiento de la oligarquía vasca y las finanzas españolas, carece en un principio del vigor hegemónico del catalanismo burgués. Los ejes teóricos de Sabino de Arana (la raza y el «espíritu bizkaíno», el ideario clerical-traditionalista de «Jaungoikoa eta Lagi Zarra») son mucho menos progresivos que los del industrialismo de Prat. En efecto, el nacionalismo vasco procede directamente del tronco carlista, es decir, de la dinámica autonomista de los artesanos y pequeños comerciantes y campesinos amenazados por el desarrollo capitalista. La victoria política del capitalismo industrial, urbano y españolista, en el s. XIX, define a primera vista al nacionalismo vasco como una bandera ruralista, semi-feudal, reaccionaria. Sin embargo, la cuestión no es tan simple: ya Marx, en 1854, había escrito en el *New York Daily Tribune*: «El carlismo no es un simple movimiento dinástico y retrógrado, como han intentado decir, mintiendo, los bien pagados historiadores liberales: es un movimiento libre y popular por la defensa de tradiciones mucho más liberales y regionalistas que el absorbente liberalismo oficial... El tradicionalismo carlista tenía bases auténticamente populares y nacionales, en los campesinos, los pequeños propietarios y el clero...» (16). Entre los teóricos carlistas hubo incluso auténticos nacionalistas vascos, de un progresismo tan avanzado para su época como Agustín Chaho.

El capitalismo vasco había entrado con la Restauración en la fase de acumulación monopolista, de penetración masiva del capital extranjero. El «aranismo», al levantar la bandera nacional de Euskadi, expresa los intereses de la pequeña burguesía, pero esos intereses son contradictorios: hay en ellos toda una ganga reaccionaria, que trasluce en el fondo la esperanza de llegar a su vez, desde la plataforma autonomista, a una posición monopolista, pero al mismo tiempo representa a las masas populares lesionadas por la concentración del poder de los monopolios.

La oligarquía vasca va utilizar los aspectos más reaccionarios del nacionalismo sabiniano, silenciando sus aspectos progresivos.

Entre 1906 y 1917, tiene lugar una lucha por la dirección del nacionalismo vasco, que es paralela al incremento de las grandes huelgas obreras. Para 1917, la gran burguesía financiera había logrado controlar el PNV, que pasa a denominarse «Comunión Nacionalista Vasca», sustituyendo la reivindicación de independencia por una mera «autonomía». La línea ideológica más racista y reaccionaria de los Aranzadi, Aitzol, Iber y su «catecismo», tiende a exaltar un etnismo vasco pan-clasista, y a dividir al proletariado de Euskadi, enfrentando autóctonos con inmigrados, predicando la resignación cristiana frente a

la explotación, y exacerbando así, como reacción, la tendencia del PSOE —carente de auténtica teoría revolucionaria— a un miope nacionalismo españolista. La STV, controlada por los nacionalistas burgueses, actuó entre la clase obrera vasca como un auténtico «Sindicato amarillo» (17).

Por otro lado, pervive en el nacionalismo vasco una corriente más popular y progresiva. Ya Sabino criticó durante toda su vida a los grandes capitalistas vascos unidos al aparato del Estado español, aunque desde una perspectiva más nacionalista que de clase; posteriormente, la tendencia «Aberri», de Elías de Gallastegui, puso al descubierto las contradicciones de clase soterradas bajo el nacionalismo y secularizó sus planteamientos, iniciando quizá la línea más inconformista del catolicismo social en España.

La creación de la Acción Nacional Vasca en 1930 y su incorporación al Frente Popular en 1936 responden ya a esta tendencia de la pequeña burguesía urbana a plantear sus reivindicaciones nacionales separadamente del «autonomismo» oligárquico.

Sin embargo, y a diferencia del caso catalán, las contradicciones de clase en el seno del nacionalismo vasco no se clarificarán radicalmente hasta el período de la lucha antifranquista. El oportunismo de la burguesía nacional bajo el Gobierno autónomo de Aguirre mantuvo durante tiempo una confusión social e ideológica en la lucha nacional de Euskadi, que no se resolverá a nivel de masas hasta el definitivo acercamiento de ETA al combate de clase del proletariado vasco, a finales de los años 60.

En cuanto al nacionalismo gallego, su debilidad originaria es correlativa al escaso desarrollo de la burguesía autóctona. Los núcleos burgueses son en un principio más bien castellanistas, y la masa rural permanece atrapada entre la resignación ante la miseria material y cultural, y la emigración. Los intelectuales que encabezaron el «rexurdimento» de la lengua carecían de una base social de masas. Las propuestas de Faraldo en la «Asamblea Federal» de Lugo en 1843, y el alzamiento militar autonomista de los «mártires del Carral» tres años después, muestran sin embargo que, en el auge de la revolución burguesa, se extiende en Galicia una conciencia de opresión nacional. De todas formas, el avance desde las manifestaciones regionalistas de los «precursores» (el «banquete de Conjo» en 1856, la Asamblea republicana de 1873, las obras de Pondal y Brañas, las «Irmandades da Fala») hasta la creación del Partido galleguista de Castela, es muy paulatino, mucho más débil que la toma de conciencia del nacionalismo catalán o vasco, y presidido siempre por ideas liberales sobre la «conciliación de clases» (18); en realidad, más que por una auténtica hegemonía burguesa, el movimiento nacionalista gallego se caracteriza en sus orígenes históricos por la ausencia de una clase dirigente. Tiene más de «regionalismo» reformista que de auténtico nacionalismo.

Será durante la II República, tras el Pacto de Lestrove y la fundación de la O.R.G.A., cuando el galleguismo burgués alcance auténtica dimensión poética de masas, al tiempo que se consolida el desarrollo económico y remite, por primera y única vez en el s. XX, la emigración. La frustración de este breve proceso inicial por el franquismo no borrará, sin embargo, la honda huella producida, tanto en Galicia como en la emigración y el exilio. El resurgir del movimiento nacional gallego irá acompañado, en lo sucesivo, de una intensificación de la lucha de clases bajo la creciente penetración capitalista, y de una denuncia consecuente de la opresión social y económica. El culturalismo elitista del s. XIX ha dejado paso a una nueva tendencia a la unidad de la lucha nacional y de clase, cuya hegemonía habrán de disputarse en el futuro fuerzas sociales en conflicto. Cabe incluso la posibilidad

de que la ininterrumpida transición de la dominación feudal a la dominación monopolista evite al movimiento nacional gallego el largo y arduo proceso de contradicciones internas de los nacionalismos de Catalunya y Euskadi, mediante la consolidación de una hegemonía proletaria en la lucha por una Galicia libre.

IV. — La radicalización de los movimientos nacionalistas bajo la dictadura del capital monopolista.

El parte militar de Franco de abril de 1939 afirmaba que «la guerra ha terminado». Ha pasado suficiente agua bajo los puentes para comprender que el general que había servido a la burguesía en 1917 y en 1934 dirigiendo las tropas que aplastaron a los obreros asturianos, participando destacadamente en el imperialismo africanista, y que en 1939 pasaba la factura del aplastamiento de la revolución democrático-popular exigiendo el poder absoluto, se refería únicamente en aquel parte al final de unas operaciones militares, que aseguraban a costa de un inmenso genocidio la paz para el orden capitalista amenazado por el Frente Popular. Pero el nuevo Dictador ha demostrado ser un fervoroso adepto del viejo dogma de Clausewitz: «la guerra es la continuación de la política por otros medios». Desde 1939, el Régimen ha mantenido una política de guerra interior, legislación de guerra, jurisdicción de guerra, espíritu de guerra (19). Todavía en 1971 advierte el Dictador: «El enemigo no ha muerto». Para los ultras del 36, la guerra no ha terminado, porque «terminar» es para ellos sinónimo de «exterminar», y más de tres décadas de represión no han podido liquidar a las fuerzas sociales y nacionales derrotadas en 1939. Por el contrario, esas fuerzas se han ido recuperando, fortaleciendo y de nuevo presentan batalla al Estado centralista que protege la más intensa acumulación monopolista de nuestra historia.

Una de las primeras víctimas de la derrota republicana fueron las libertades nacionales de Euskadi, Galicia —éstas, prácticamente sin estrenar— y Catalunya. Los Estatutos, la legislación autonómica, los órganos de gobierno nacionales y municipales, las organizaciones populares y nacionalistas, la prensa, la educación, la cultura, hasta la misma lengua de las nacionalidades es «derogada», en una auténtica «anexión» de tipo hitleriano. Se hace obligatorio hablar «la lengua del Imperio»; los ciertos económicos vascos son discriminados según el «colaboracionismo» con los vencedores. En Galicia no sólo se restablecen los «foros» feudales, sino que se obliga a los campesinos a pagar con carácter retroactivo todo lo que habían dejado de pagar desde 1931. El uniformismo autoritario de unos organismos «locales» centralizados y designados desde Madrid se extiende por la diversa y mutilada geografía de España.

Pese al odio sembrado entre las nacionalidades hispánicas por este centralismo brutal, la peculiaridad nacional de Euskadi, Catalunya y Galicia no sólo no desaparece, sino que lentamente se reafirma más y más frente a estas oleadas de barbarie. Ello no es sólo una expresión significativa de la vitalidad histórica de estas nacionalidades, sino también la consecuencia de que una clase más radical, el proletariado, ha tomado la dirección de la lucha nacional; y lo ha hecho en las condiciones más difíciles, cuando hablar y difundir propaganda en euskera, catalán o gallego, suponía un «crimen de lesa patria», es decir, la cárcel y muchas veces el paredón. En el maquis y en las

primeras huelgas de Bilbao en 1947, en el renacer del movimiento obrero a nivel de masas, las luchas nacionales van a encontrar un nuevo vigor. La conciencia internacionalista de los distintos destacamentos de la clase obrera española, su unidad de clase, no dejará sin embargo de plantear conflictos con las antiguas direcciones pequeño-burguesas de los movimientos nacionalistas.

Pero, objetivamente, la lucha social y la lucha nacional se unen más y más bajo la represión franquista. La extrema crispación militar y policiaca de la dictadura del capital monopolista, la saña con la que ha aplastado las aspiraciones nacionales de Euskadi, Galicia y Catalunya, sólo se explican por la absoluta necesidad del capitalismo español de mantener sus últimos mercados, de allanar todos los obstáculos para la plena unificación del mercado español, en un mundo donde la lucha imperialista por los mercados se agudiza hasta el límite nuclear alcanzado en Hiroshima. Centralismo y autarquía son aspectos inseparables de la forzada acumulación capitalista de los años 40, cuya víctima principal fue la clase obrera de todas las nacionalidades hispánicas, derrotadas y perseguidas sus organizaciones, sometida a una brutal explotación.

Por su parte, tanto la oligarquía vasca como la catalana, ya en plena época imperialista, optan definitivamente por el marco estatal español y su aparato coercitivo fascista, antes que por sus estrechos mercados nacionales, donde su poder había sido tan fuertemente cuestionado durante la etapa republicana por otras clases antagónicas.

En este contexto de clase, la virulencia del nacionalismo franquista-españolista se manifiesta tanto frente al «extranjero» (autarquía, mitología de la «antiespaña» y de la «leyenda negra»), como frente a los «separatistas» internos. Pero precisamente las reacciones separatistas están provocadas por esta reafirmación manu militari (20) del centralismo y de la mística unitarias. Sin la concepción internacionalista de clase del proletariado, los nacionalismos pequeño-burgueses hubieran identificado la lucha por el derecho a la autodeterminación con la mera separación del odiado Estado franquista, sin comprender las raíces de la penetración monopolista en sus propias nacionalidades, y la necesidad por tanto de una lucha unitaria y de clase contra la dominación oligárquica.

Cuando el capitalismo español llega hasta el extremo agotamiento de la vía «autárquica», y se ve obligado a «dinamizar» el aparato productivo y adaptarlo a las exigencias de una competencia internacional creciente y de un apoyo imprescindible en el capital extranjero, se plantea la necesidad de atenuar el rígido centralismo burocrático. El desarrollo artificial de una industria protegida y congestionada en torno a Madrid, la necesidad de introducir criterios de rentabilidad en la pesada maquinaria del capital monopolista de Estado, dan pie a ciertas críticas de los sectores catalán y vasco de la oligarquía. La atenuación del centralismo extremado llegará, en el colmo de la «liberalización» turístico-desarrollista de los años 60, a permitir ciertas manifestaciones culturales del «folklore» de las nacionalidades. Con muchos vaivenes, y reprimiendo desde luego todo fenómeno cultural auténticamente de masas, ya sea la canción popular de Raimon o Voces Ceibes o incluso portavoces burgueses como el Omnium o «Destino», los tecnócratas franquistas empiezan incluso a plantearse la posibilidad de «abrir cauces» al «problema regional».

No parece necesario insistir aquí en que el factor principal de este cambio ha sido justamente la larga y difícil lucha de los pueblos privados de sus derechos nacionales, un combate penosamente iniciado por los militantes obreros más abnegados y en el que han ido confluendo fuerzas amplísimas, incluso sectores de la burguesía y del clero, hasta hacer intolerables las formas fascistas de la opresión nacional.

Por otra parte, tampoco es necesario gastar mucha tinta en exponer los estrechos límites del cambio en los métodos de dominación de la oligarquía centralista. Cuando en el mismo año de 1970 es precisa la movilización de un pueblo entero, con barricadas en las carreteras y enfrentamientos a tiros con la Guardia Civil para salvar la vida de los jóvenes revolucionarios de Euskadi; cuando en protesta contra ese mismo proceso de Burgos, un antiguo oficial vasco que en 1937 se encontraba en Guernica se siente moralmente obligado a lanzarse en llamas contra el Dictador, en el mismo frontón donostiarra, gritando «Gora Euskadi Askatasuna»; cuando pocos meses antes, el 16 de junio de 1970, son asesinados a tiros en El Aaiun doce patriotas saharauis, mártires también de la lucha de los pueblos por sus libertades nacionales, la capacidad de «integración regionalista» del centralismo impuesto a sangre y fuego en 1936-1939, no parece especialmente exuberante.

En cualquier caso, los teóricos franquistas tratan de buscar una explicación de los «separatismos antiespañoles», en su flamante proceso de revisión «descentralizadora». Quizá una de las más notables —y laureadas— es la cínica versión del financiero falangista catalán Jose María Fontana, Premio Francisco Franco, que atribuye la «exacerbación regional» al determinismo de una geografía muy «inhumana», que provoca las migraciones. El mito de la «España pobre», planea sobre esta literaria mixtificación de los «demonios familiares» de «un pueblo de progenie y cultura europeas afincado sobre un país predominantemente afroasiático» (21).

Naturalmente, esta retórica sobre el «determinismo étnico-geográfico» pasa por alto, no ya la existencia misma de la cuestión nacional, sino también el hecho de que el proceso de polarización del territorio, la crisis del sistema agrícola tradicional y el éxodo masivo de campesinos no son «determinaciones geográficas», sino consecuencias directas de la vía monopolista y antidemocrática adoptada por el desarrollo capitalista español.

Sin embargo, este planteamiento mixtificado hace en cierto modo referencia a un problema real, con hondas repercusiones sobre la cuestión nacional: se trata de la urbanización acelerada de la sociedad española. Por una parte, este proceso ha supuesto el fin de las bases sociales del tradicionalismo: el «macizo de la raza», la mitificada figura del «agricultor castellano», presentada como «dechado de virtudes» por todos los ideólogos reaccionarios, frente a la «depravación del obrero de los suburbios», está desapareciendo, porque, al igual que centenares de miles de campesinos gallegos, andaluces o extremeños, no ha encontrado otra «salida» ante el «desarrollo» oligárquico que abandonar la tierra y emigrar a la gran ciudad o al extranjero, convirtiéndose en un «proletario», ese tipo humano tan temido por los teóricos del Régimen, que lo califican púdicamente de «productor». Ahora bien, los diversos autores que han estudiado científicamente este fenómeno (Tamames, Pérez Díaz, Anlló, Comín, X. Flores, Martínez Alier) han subrayado que los viejos problemas de la sociedad agrícola se trasladan y se multiplican en la sociedad urbana, pero afrontados ya por sus protagonistas con una nueva mentalidad, más solidaria.

La historia reciente del capitalismo español no deja de ser curiosa. Tras oponerse mediante una guerra civil a la pretensión republicana de convertir a los campesinos sin tierra en pequeños burgueses propietarios, el Régimen ha convertido en proletarios hasta a los campesinos medios, con explotaciones rentables, pero que encuentran tal falta de apoyo a la vida rural, que se ven literalmente forzados a dejar los campos. **Un capitalismo visceralmente opuesto a la reforma agraria se encuentra actualmente con un pavoroso problema de «reforma urbana», en un país escindido en aglomeraciones metropolitanas al borde**

del colapso por la insuficiencia de servicios y la desenfrenada especulación del suelo, y regiones enteras en trance de desertización humana y de erosión climática. Las masas de campesinos sin tierra derrotadas en 1939 se han convertido en «ciudadanos sin ciudad». Los obreros inmigrantes, hacinados en barrios-dormitorio, mal comunicados y peor dotados, ven superponerse a la explotación de su trabajo la falta de escuelas y clínicas, de espacios verdes, la contaminación, los precios exorbitantes de la vivienda, la inhumanidad enajenante de las grandes urbes «paleocapitalistas»... El nombre de Erandio, con las vidas obreras derramadas por los disparos policíacos, encabeza en rojo esta nueva lucha por una ciudad para los ciudadanos, que estalla en conflictos por toda la geografía española, de Sevilla a Tarrasa, de Getafe a Gijón o Pamplona...

Es precisamente en Cataluña y Euskadi, por la interferencia con los sentimientos de arraigo de generaciones, donde este problema puede ser manipulado, no ya por las burguesías nacionalistas, sino incluso por la propia Dictadura oligárquica, para enfrentar a los trabajadores entre sí; en Madrid, en cambio, el despojo de los ciudadanos está tan generalizado, y la inmigración reciente ha sido tan intensa, que casi toda la población ha nacido fuera de la capital; al no existir además cuestión nacional por medio, las tensiones sociales en la metrópoli madrileña son de una claridad meridiana: plutocracias que destruyen el tejido urbano especulando con el suelo y la vivienda, para huir luego a conjuntos residenciales bien comunicados, frente a masas proletarias aprisionadas por su propia obra, entre los bloques de cemento y las factorías construidas con su trabajo, desplazándose continuamente en «metros» y camionetas insuficientes; el explosivo conflicto es más o menos atenuado por unas clases medias que tienden a polarizarse hacia uno de los dos núcleos antagónicos.

En Catalunya o Euskadi, por el contrario, los más despojados son evidentemente los inmigrantes: «els altres catalans», los «xarnegos-barraquistas», los «maketos» y «arrotzak»... La identificación del proletariado autóctono con su habitat nacional puede ser un arma de división en manos del poder; una vez más, frente a la unidad de clase, la «identidad nacional», ahora cínicamente tolerada por el mismo Régimen que aplastó la libertad de las nacionalidades. «Catalá a l'escola», «ikastolas», son movimientos de lucha nacional que están siendo «recuperados» y manipulados por la burguesía, en la medida en que los hijos de los obreros inmigrados ¡ni siquiera tienen escuelas! Las familias burguesas se permiten el lujo de mantener escuelas autóctonas de pago, revitalizan un nacionalismo cultural elitista, y la lengua aparece así ante el proletariado autóctono como un medio de promoción social, como una estratificación defensiva frente a la oleada inmigratoria. De nuevo, núcleos obreristas miran con desconfianza la reivindicación nacionalista... La oligarquía puede así contraponer a sectores obreros que, viviendo en Hospitalet o en Sestao, padeciendo la misma explotación como clase y como ciudadanos, serían, unidos, una temible fuerza. De esta manera, el desarrollo capitalista bajo la Dictadura replantea problemas seculares, poniendo en el orden del día la necesidad de que los movimientos nacionales estén dirigidos desde la posición de clase del proletariado.

Y este es precisamente el proceso que, con altos y bajos, está teniendo lugar en el seno de los movimientos de nuestras nacionalidades, aunque con distintos caracteres en cada uno de ellos. Como señaló Marx, la historia sólo plantea las cuestiones que puede resolver.

En Galicia, con una economía deprimida y aún predominantemente agraria, dominada ya sin embargo por los tentáculos de FENOSA, la Bazán, Moncabril, FRIGSA, los grandes bancos y demás agencias del capital monopolista, el bloque social de obreros, campesinos, intelectuales y pequeña burguesía constituye aún una alianza revolucio-

naria, que empieza a hacer sentir su peso en acciones de masas como nunca se habían conocido desde hace más de un siglo, cristalizando, entre otras organizaciones, en la U.P.G., el P.C. de Galicia y un movimiento obrero especialmente unitario.

En Catalunya, en cambio, la existencia de una cierta burguesía «neocapitalista», heredera de los desfases entre la producción catalana y la del resto de España (22), plantea aún la posibilidad de que la dirección de la lucha nacional le sea disputada al proletariado; hay que tener en cuenta también la existencia de sólidas corrientes catalanistas en la pequeña y media burguesía, oscilantes entre el culturalismo minoritario y la acción de masas. La clase obrera catalana, que fue la primera en organizarse, hace ya más de un siglo, en toda la península, sufrió largo tiempo este factor de división, alimentado por la constante inmigración, y potenciado por la tradición del «apoliticismo» anarquista. Pero, ya en 1936, el PSUC fue capaz de superar estos factores adversos, de incorporar tanto a los grupos obreros catalanistas como a los marxistas e incluso algunos «Sindicatos de la oposición» de la CNT (en Sabadell y Manresa), para unir sólidamente la lucha social y la nacional. Junto a los obreros, también los campesinos catalanes se desligaron durante la guerra civil de la tradicional dirección de la burguesía nacionalista.

Sin embargo, el alud inmigratorio bajo el franquismo, el desarrollo de capas medias nutridas de la clase obrera autóctona, atrincheradas no pocas veces en un «catalanismo discriminatorio» —como reacción a la opresión nacional del propio franquismo—, señalan un peligro: «esta diferenciación clasista se convierte fácilmente en diferenciación cultural y étnica» (23). Esta posibilidad de orientación burguesa del catalanismo, rompiendo la unidad de clase proletaria, se acentúa por la misma vitalidad cultural de Catalunya, donde a menudo la bandera nacional aparece en manos de la intelectualidad pequeño y medio-burguesa.

De todos modos, estos fenómenos pueden ser superados si se consolida y desarrolla la dirección de clase que el proletariado catalán está imprimiendo con fuerza considerable a su lucha. La propia política del PSUC, el instinto de clase de los trabajadores, forjado en una dura historia de huelgas y despidos, de victorias y derrotas, han enseñado a la clase obrera catalana la irreconciliabilidad de sus intereses con los de la burguesía, y la han forjado como fuerza social capaz de dirigir la revolución nacional de Catalunya: en nuestras condiciones históricas, sólo un movimiento encabezado por las masas obreras puede ser revolucionario hasta el fin. La eficacia en este sentido de las alianzas tácticas que tan extraordinario y esperanzador desarrollo están experimentando en el país catalán, dependerá, en buena parte, de la capacidad obrera para comprender y superar esos peligros reales, heredados de las contradicciones y oportunismos del catalanismo burgués, cuya vitalidad sería absurdo desconocer.

Quizá ha sido en Euskadi donde se ha manifestado más enérgicamente la radicalización revolucionaria del movimiento nacionalista. Como reacción frente al legalismo y la pasividad del PNV, nacieron los brotes jóvenes de «Ekin» (1953) y, posteriormente, de ETA (1959). ETA es originariamente un movimiento pequeño-burgués, arraigado en clases que sufrían especialmente las consecuencias de la «estabilización» del capital monopolista. Explicando el carácter violento que tomó la lucha nacional en Euskadi, un portavoz de ETA subrayaba recientemente que, «mientras en el País Vasco la lucha nacional estaba en manos de la pequeña burguesía, en Catalunya, por ejemplo, era la media burguesía, más pacifista y culturalista, la que ejercía la dirección» (24). En principio, las concepciones teóricas de ETA, dentro de su diversidad ideológica,

recogían una versión modernizada, «etnista», del racismo sabiniano, junto a una difusa aspiración socialista, especialmente a raíz de su IV Asamblea (1965), y, en todo caso, una indudable voluntad revolucionaria nacionalista. Las enseñanzas de las revoluciones china, cubana y vietnamita son ávidamente recogidas por los jóvenes nacionalistas vascos, que inician una teoría y una práctica de la «guerra de liberación nacional» (25).

Este vasquismo militante se independiza paulatinamente de su inspiración burguesa. ETA, en su «Carta a los intelectuales» (Zutik, n. 30), denuncia la caducidad histórica de la burguesía monopolista vasca; la lucha nacional contra la opresión estatal española es ya, al mismo tiempo, lucha social contra la gran burguesía vasca.

En este proceso, ETA avanza más y más hacia las posiciones de clase del proletariado. Con polémicas y escisiones internas (de «Komunistak» a la llamada «ETA-Berri»), la joven organización va realizando una doble tarea: por un lado, incorporar a la lucha nacional a masas considerables de «baserritarras» (campesinos) y del «frente obrero»; por otro lado, desmitificar, desde dentro y sobre el criterio de la praxis, las contradicciones de clase del nacionalismo vasco. A su vez, el nuevo movimiento obrero, desde las huelgas de Echevarría hasta la respuesta masiva de la ría de Bilbao al bloqueo salarial en pleno «estado de excepción» de 1969, ayuda poderosamente a ETA a definir su posición revolucionaria. Esta interrelación dialéctica no está exenta de tensiones. La contradicción entre el «frente obrero» y el «ala militar» de ETA (apoyada ésta por una diversidad de grupos, del EGI a los socialdemócratas del ELA) se agudiza hasta la ruptura organizativa. Desde su VI Asamblea (1970), ETA se define como movimiento de clase. Paralelamente, varios revolucionarios vascos (26) realizan una crítica marxista consecuente de la ideología nacionalista burguesa, en su evolución desde el racismo hasta el «neoestructuralismo lingüístico euskeralari»; pasando por teoríasseudomarxistas sobre la «colonización» de Euskadi. Esta praxis teórica clarifica con rigor que la mitificación de las «esencias de lo Vasco» (sucesivamente, raza, etnia, lengua) son en suma aspiraciones a «eternizar» la dominación de la burguesía y a dividir al proletariado vasco entre «autóctonos» e inmigrados. Estos trabajos son un punto de partida para una historia real, no idealizada, del pueblo vasco, para una «teoría abertzale no ideológica».

Un hecho extraordinariamente positivo de este proceso es que las tensiones entre los partidarios de un trabajo de masas, desde una posición de clase, y los partidarios de la acción violenta minoritaria exclusivamente nacionalista, no han frenado la unidad de acción que impulsó movimientos de masas tan amplios y efectivos como los de Diciembre de 1970, en defensa de los procesados de Burgos. La presencia obrera en la primera línea del combate, el ya famoso grito de Mario Onaindía ante el Consejo de Guerra («Gora Espaini-ko Langileak! ¡Vivan los trabajadores españoles!») son signos de que el movimiento nacional vasco, pese a la intensa represión que se ha abatido sobre él, está adquiriendo la solidez indestructible de una dirección de clase revolucionaria.

NOTAS

(1) Reproducido en *Història d'una política (Actuacions i documents de la Lliga Regionalista, 1901-1933)*, Barcelona, 1933, pp. 115-122.

(2) Discursos del 2-5-1935 y 9-2-1936, en J. Díaz, *Tres años de lucha*, Ediciones Ebro, pp. 69-70.

(3) Resolución del Pleno ampliado del C.C., publicada en «Mundo Obrero» de 2-4-1936, citada en L.V. Ponamariova, *Formació del PSU de Catalunya*, Edicions Treball, México, 1966, p. 52.

(4) Citado por Ponomariova, ob. cit., p. 57.

(5) La firmeza del Partido en la aplicación de este principio internacionalista no es, de todos modos, un cuadro idílico, carente de dificultades internas: así, pese a la notable aportación que supone la creación del PSUC en 1963, la especificidad catalana ha iniciado siempre en las polémicas de los comunistas españoles, desde el «Bloc» trotskista al grupo «Bandera Roja» —cuyo contexto ha sido el de las crisis en el movimiento comunista internacional—; las posiciones de Miquel Valdés o Joan Comorera prueban que, incluso entre comunistas, la solidaridad nacional puede entrar en conflicto con la solidaridad de clase.

Un caso especialmente significativo es el choque del Comité Central con Juan Astigarraga, Secretario General del P.C. de Euzkadi, durante la guerra civil. M. Koltsov, en su *Diario de la Guerra de España* —Ruedo Ibérico, París, 1963, p. 397— dice de él que «adopta una actitud muy rara (sic)... Ha salido con la tesis de que el Partido de los vascos no es una parte del Partido español, sino que mantiene con él 'fraternales' relaciones, es decir, posee frente a él derechos iguales e independientes». No parece que el respeto a la diversidad real de fuerzas sociales y nacionales que componían el Frente Popular fuese un obstáculo, sino más bien una condición de que la resistencia republicana se mantuviera como movimiento popular de masas capaz de hacer frente durante 3 años a la máquina de guerra hitlerano-franquista. Recientemente, en el trabajo de Dolores Ibárruri «España, Estado Multinacional», se reconoce en cambio que «la República fue excesivamente tímida al abordar el problema nacional... Hay quienes, incluso en el campo de las izquierdas, opinan que la concesión de los Estatutos impidió la consolidación de la República... Lo que hay en el fondo de tal afirmación es la negación de la existencia del problema nacional y de la necesidad de resolver éste» (pp. 14-15).

Por no extendernos más en este punto, señalaré la tardanza en estructurar autónomamente el PC de los gallegos, la reticencia a incorporar a Navarra al radio de acción de los comunistas de Euzkadi, la escasa incidencia en la autodeterminación de Marruecos y Guinéa, o la todavía insuficiente acción del Partido en relación con la población colonizada en el Sahara, como ejemplos de que nuestra posición de principio ha encontrado a veces demasiadas dificultades organizativas, cuando lo cierto es que la extensión de los movimientos de liberación nacional es una condición para el derrocamiento del franquismo y de la misma revolución socialista en España.

(*) Nota de la redacción. *Es norma de nuestra revista que de los artículos firmados es responsable el autor. Nos parece esencial, para estimular una discusión marxista lo más profunda y crítica, lo menos unilateral posible, publicar artículos con posiciones no comparadas, en un grado u otro, por el conjunto de la redacción.*

Sobre esta nota (5) queremos hacer una observación más específica. Nos parece que plantea algunos problemas importantes, pero, contrariamente al resto del artículo, sin los suficientes elementos de información y análisis. Mostrar que la política del PCE sobre el problema nacional no presenta «un cuadro idílico» es un trabajo interesante y útil. Pero requiere un análisis de los errores cometidos por el PCE en ese terreno. Ni por el tamaño de esta nota (5), ni por el método empleado en ella, creemos que se avanza en ese análisis.

La cita de Koltsov no da una idea cabal, ni mucho menos, de las críticas que fueron formuladas por el CC del PCE a la dirección de Astigarraga en el PC de Euzkadi durante la guerra. Para saber en que consistieron esas críticas, haría falta partir de los discursos pronunciados en el CC y de los artículos publicados en la prensa del PCE durante la guerra. Resumiendo, se criticaba a la dirección del PC de Euzkadi, en su colaboración en el Gobierno de Euzkadi presidido por Aguirre, y dirigido por el PNV, de haber hecho dejación, en una serie de casos, de la independencia necesaria del Partido Comunista; de haber permitido así una disminución del papel propio de la clase obrera en el conjunto del bloque antifascista en Euzkadi; ello había pesado de manera desfavorable en el curso de la guerra en el Norte. Una vez reflejadas de modo concreto las críticas formu-

ladas entonces por el CC del PCE a Astigarraga y otros camaradas, haría falta un análisis histórico para opinar sobre el acierto, o no, de esas críticas en aquellas circunstancias.

En cuanto a las opiniones sobre la creación del Partido de Galicia, sobre Navarra... aparecen sin ninguna argumentación. Referirse a «dificultades organizativas» no aclara nada. En el caso de Galicia, lo esencial era lograr que la creación del Partido Comunista de Galicia se plasmase en una realidad viva, actuante, y no en una medida formal, «por arriba». Medir cuándo habían madurado las condiciones para ello, teniendo en cuenta el marco de la lucha revolucionaria en España, era una decisión compleja. En el caso de Navarra, hace falta considerar factores históricos importantes, como el de que Navarra (contrariamente a las tres provincias de Euzkadi) no ha aceptado el Estatuto.

En las insuficiencias de esta nota (5) creemos que se reflejan las dificultades objetivas existentes para hacer una crítica, al nivel necesario, de los errores del Partido Comunista. Dificultades debidas incluso al hecho de que la mayor parte de los documentos y textos imprescindibles no han sido reeditados y resulta casi imposible, para los camaradas o historiadores interesados en estos estudios, disponer de ellos. En cambio proliferan, y no sólo en la bibliografía española, sino en la anglo-sajona (particularmente abundante sobre nuestra guerra) opiniones ligeras, o incluso calumniosas, que desfiguran el verdadero carácter de la política del PCE (en el libro de Thomas, por ejemplo, por citar uno de los más conocidos).

En nuestra opinión, las alusiones y opiniones expresadas en esta nota (5) tienen, sí, la ventaja de dejar constancia de que han existido, o existen, estos y los otros problemas. Pero nada más. En los casos citados, el PCE ha podido tener razón. Sus errores han podido producirse en aspectos no mencionados aquí. Creemos que no hay alternativa al método de realizar un análisis histórico, concreto, de los problemas que se quiere suscitar.

M. A.

(6) Las libertades gallegas —perdidas no tanto por la imposición exterior como por la derrota interior de los irmandiños ante un feudalismo parasitario— no fueron ya recuperadas cuando Galicia fue sucesivamente incorporada a los reinos de León y Castilla. En las Cortes del Estado castellano, a fines del s. XV, sólo tenían procuradores las ciudades de Castilla y León, careciendo de ellos las ciudades gallegas.

(7) Véase Eloy Terrón, *Sociedad e Ideología en los orígenes de la España contemporánea*, Barcelona, Península, 1969, pp. 121-22.

(8) S. Alvarez, «Las luchas de los irmandiños gallegos en el s. XV», *Realidad* n. 9, abril 1966.

(9) P. Vilar, *La Catalogne dans l'Espagne moderne. Recherche sur les fondements économiques des structures nationales*, SEVPEN, París, 1962, p. 160. Dicho sea de paso, no está de más para ningún comunista español familiarizarse con esta obra, voluminosa y detallista, pero modélica en su análisis histórico de las interrelaciones de clase y nacionales. Hay edición catalana, pero creo que no ha sido todavía vertida al castellano.

(10) «Sobre el problema nacional vasco», *SAIOAK*, n. 2, Dic. 1970, p. 21.

(11) Véase el trabajo citado de SAIOAK, n. 2, firmado por Jose María Eskubi y otros combatientes. Es curioso que los materiales contenidos en dicho trabajo han sido reproducidos en francés, casi palabra por palabra, hasta formar las dos terceras partes de un libro —por lo demás del máximo interés— titulado *Euzkadi socialiste*, París, Editions du Cercle, 1971, Caps. I-III, libro que aparece firmado por Patxi Isaba.

(12) La gran burguesía vasca se incorpora a la revolución burguesa española y rompe con el autonomismo, financiando a través de sus Bancos a las tropas liberales; el Banco de Bilbao prestó sin intereses, durante la segunda guerra carlista, 16.625.583 reales a las autoridades militares que defendían Bilbao contra los carlistas de Zumalacárregui.

(13) J. Solé-Tura, **Catalanismo y Revolución burguesa**, Madrid, EDICUSA, 1970, p. 27.

(14) Ob. Cit, p. 31

(15) Jesús Pabón, **Cambó**, Barcelona, 1952, pp. 98-99.

(16) Citado en Patxi Isaba, ob. cit., p. 152.

(17) SAIOAK n. 2, cit., p. 28.

(18) Véase S. Alvarez, **Sobre Galicia**, París, Ebro, 1968, pp. 24-29.

(19) Véase Kepa Salaberri, **El proceso de Euskadi en Burgos**, Ruedo Ibérico, París, 1971, *passim*.

(20) El sociólogo militar Busquets ha señalado la casi inexistencia de vocaciones castrenses en Catalunya y Euskadi. Ello es consecuencia tanto del nivel de vida de estos pueblos, como sobre todo de la imagen de «ocupantes» que en ellos desempeñan las Fuerzas Armadas. La agravación de tal divorcio entre el pueblo y el ejército en estas nacionalidades es impulsada por el nacionalismo españolista inculcado a la oficialidad y por las discriminaciones, controles y vejaciones a que son sometidos los soldados vascos, catalanes y gallegos durante el servicio de armas.

(21) J.M. Fontana, **Abel en tierra de Caín**, 1968, p. 30

(22) Expresión significativa del mayor dinamismo que

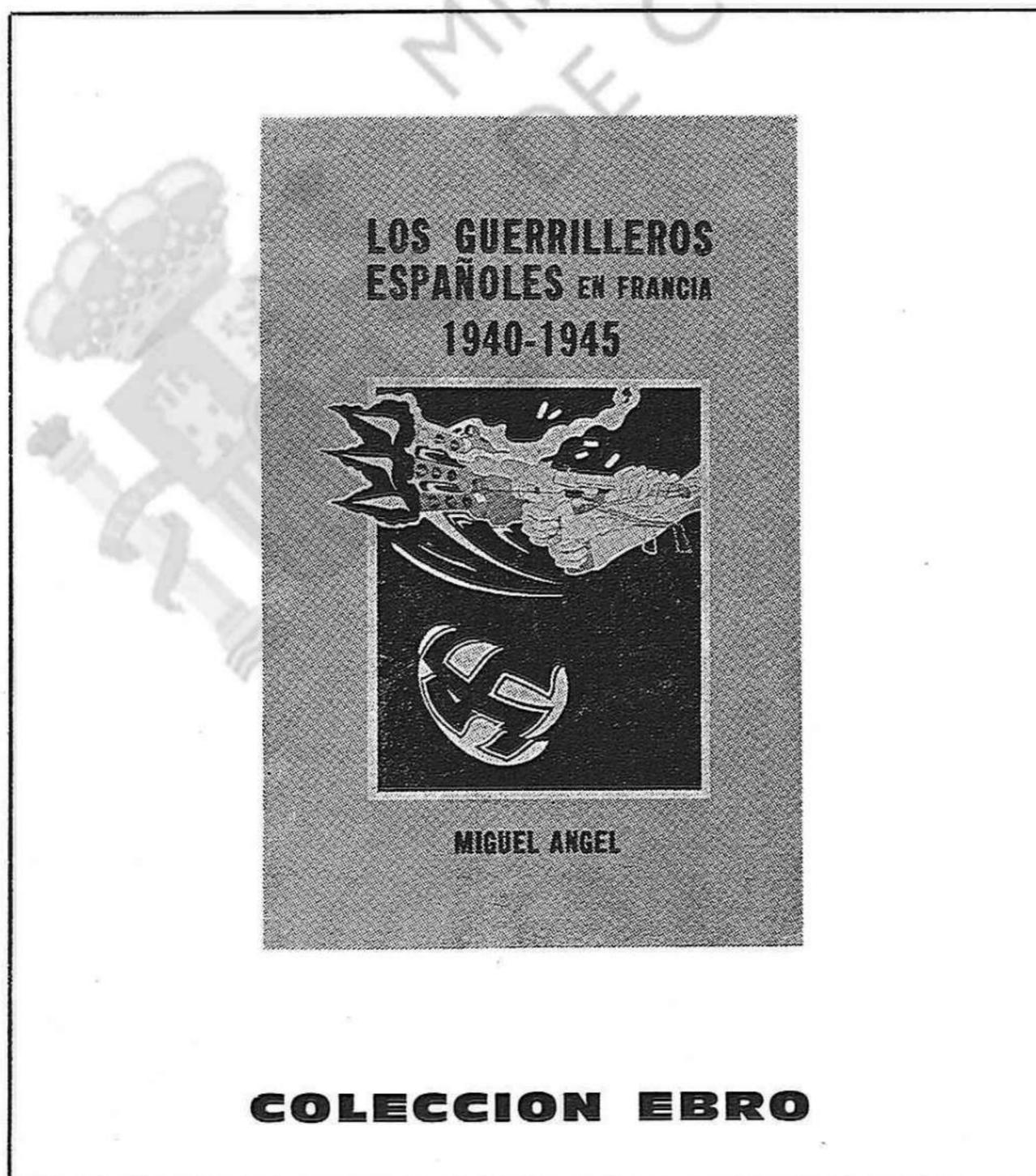
caracteriza a la burguesía catalana es, por ejemplo, la existencia de una «Joven Cámara de Barcelona», ramificada por Catalunya y afiliada a la Joven Cámara Internacional, sin que ésta haya logrado establecer una sede en Madrid. Su presidente, F. Frías, subdirector general de la Banca Mas Sardá, declaraba recientemente: «El desarrollo de un país se consigue más fácilmente cuanto mayor es el nivel democrático del mismo», en clara contraposición con la estrategia inmovilista del Régimen, **La Actualidad Económica**, 5-6-1971.

(23) Solé-Tura, ob. cit., p. 9.

(24) Entrevista en **Politique-Hebdo**, París, 14-1-1971.

(25) Véanse el «Manifiesto de Caracas» y el trabajo titulado «Gero» de Guillermo Uitzinlarre, que va más allá de las primeras formulaciones de ETA —«La insurrección en Euskadi», Ed. Goitiri, Bayona, 1964—, proponiendo incluso el «sabotaje económico antiimperialista». Véanse también «la Cuestión Vasca» de F. Sarrailh (1966) y las posiciones del Euzko Gaztedi (Frente Nacional) de Ikher Gallastegui. Estas primeras formulaciones son especialmente ambiguas, pese a su radicalismo. Las citas de Stalin y Mao, la exaltación de la vía armada, van acompañadas con teorías neocapitalistas favorables al «accionariado obrero», y con definiciones del Estado como «instrumento al servicio del hombre» (!), **Gero**, parr. 10.

(26) Véanse los trabajos citados de SAIOAK n. 2, y el de Zunbeltz en IRAULTA, n. 1.



Zigor

¡POR EUZKADI!

(A raíz del prólogo de Sartre a un libro sobre el proceso de Burgos)

ZEIN DA KOMUNISTEN JOKABIDEA LANGILLEEI ERABAT BURUZ?

KOMUNISTAK EZ DUTE OSATZEN BESDE LANGILLE ALDERDIEN KONTRAKO ALDERDI BEREZIRIK. EZ DAUZKATE PROLETARGO OSOARENAK BAIZIK IZAN DITEZEN INTERESAK.

EZ DITUZTE ALDARRIKATZEN PROLETAR-MUGIMENDUARI EGOKITZEKO ASMOAN PENT-SATUTAKO AIÑARRI BEREZKOAK.

ARA HEMEN ZERGATIK EZTIRAN KOMUNISTAK BESTE PROLETAR-ALDERDIEN ANTZEKOAK: BATETIK, LANGILLEEN NAZIONAL DESBERDIN BURRUKETAN, HERRITASUNA ALDEBATERATURIK, NAHIAGO DITUZTELAKO; BESTALDETIK, LANGILLE-BURGESIAREN ARTEKO BURRUKEREN ALDI EZBERDINETAN, MUGIMENDU GUZIAREN INTERESAK BETI TA TOKI DANETAN ADIERAZTEN DITUZTELAKO.

(K. Marx-F. Engels, Komunista Alderdia-ren Agiria. II, Proletarioak eta komunistak.)

I.

Las movilizaciones contra el proceso de Burgos, como toda batalla auténticamente revolucionaria, han tenido importantes consecuencias a escala nacional e internacional. Fueron sin duda, una muestra de lucha de masas sin precedentes desde hace muchos años en Euzkadi, en el conjunto del Estado español y también a nivel mundial de una manera particular en Europa occidental. El resultado global ha sido unánimemente analizado como una victoria de las fuerzas progresistas contra el terror y el fascismo. Ahora bien, los análisis más pormenorizados del proceso y de sus orígenes y circunstancias, necesariamente revelan una amplia gama de interpretaciones y deducen una serie de consecuencias para la lucha futura que no siempre aparecen coincidentes. Nuestra intención con el presente trabajo consiste precisamente en analizar las apreciaciones y conclusiones planteadas por una conocida figura de las filas revolucionarias en torno a la lucha suscitada

contra el proceso de Burgos y sobre el sentido político del combate de sus protagonistas. Nos referimos a los criterios de JEAN PAUL SARTRE expuestos en el prólogo al libro de Gisèle Halimi, «Le procès de Burgos» (1).

En el citado prólogo, Sartre plantea una pregunta que conduce al fondo del problema y le va dando contestación a lo largo de su trabajo. La cuestión es la siguiente:

«...el proceso era infame y absurdo, pero ¿se podía contestar la validez de las acusaciones lanzadas contra los prisioneros, sin al mismo tiempo, mantener como válidos, al menos en parte, los objetivos que se propone ETA?» (2)

A partir de aquí, Sartre desarrolla a lo largo de veintitrés páginas una serie de puntos de vista sobre las nacionalidades y los movimientos nacionales en general, y con mucho más detalle, sobre la nacionalidad vasca, la historia y doctrina política de ETA, la actitud de otras fuerzas políticas de Euzkadi y su concepción de una táctica correcta para la lucha hoy en Euzkadi. A nuestro parecer, y dado lo muy poco que se ha escrito sobre esta cuestión unido al gran interés que existe por ella, el nombre de Sartre firmando estas páginas puede dotarlas de un gran valor para el interesado en la cuestión que se traducirá en una influencia nada despreciable a la hora de llevar a nivel de masas una imagen de la naturaleza del problema nacional vasco y unas u otras directrices de lucha respecto a él.

Este hecho es el que nos mueve a redactar las presentes líneas, ya que creemos que las ideas de Sartre incurren en graves defectos que de no ser atajados tendrán de inmediato nefastas consecuencias en el terreno de la *lucha política práctica*, que es lo que nos preocupa en estos momentos. Los defectos que pretendemos denunciar son claros: falsedad, parcialidad deformadora (otro tipo de falsedad) y doctrinarismo con pretensiones de ley universal (3). Pretendemos dar cumplida cuenta de ellos y esforzarnos por reestablecer lo falseado, completar lo deformado y, al menos, entrecollar lo «recién descubierto», para reconstruir algo *la verdad* —en su sentido científico y no moral— que, en nuestra opinión, es el primer instrumento revolucionario.

Un hecho, más precisamente, un dato político de claro significado que nos ha decidido a abordar esta tarea, ha sido ver como una parte —para ser exactos, las cuatro primeras páginas— de este trabajo de Sartre eran urgentísimamente reproducidas por ALDERDI, boletín del Partido Nacionalista Vasco (PNV) n° 264 correspondiente al mes de junio de 1971 bajo el título de «Trueno en Europa» y con la correspondiente firma de Sartre (4). Nos parece de justicia señalar aquí que la reproducción de ALDERDI es parcial y oculta perfectamente al lector los juicios de Sartre sobre el PNV:

«...el PNV había jugado su papel: desde el 45 no cesa de declinar» (5).

La parte reproducida por el PNV corresponde a las consideraciones iniciales del trabajo de Sartre en las que éste expone su concepción de que «el reforzamiento actual de los movimientos nacionales se explica por dos razones claras. En primer lugar, la revolución atómica y la segunda razón, el proceso de descolonización que se ha desarrollado después de la segunda guerra mundial en los tres continentes» (6).

Queremos aclarar que es precisamente a este tipo de consideraciones a las que tachamos de doctrinarismo con pretensiones universalistas. Sobre ellas —que en nuestra opinión constituyen lo menos importante y peligroso del trabajo de Sartre— únicamente diremos que faltas, como vamos a ir viendo, de un auténtico trabajo investigador y científico en base a datos reales y suficientes, únicamente sirven para ocultar las razones más inmediatas y próximas de los hechos —de ordinario sangrientos hechos— y que en definitiva como todo atajo —y en la Ciencia no hay atajos— retardan el acceso a la verdad, suponen un despilfarro de papel y no representan otra cosa que el precio que hay que

pagar a una autoconciencia de autor profundo y clarividente.

Si se nos pide una opinión —sólo esto— sobre las razones que explican la inserción de estas «tesis» en el boletín del PNV, diremos que su esponjosidad y vacío operativo se corresponden muy bien con la actividad de un partido político que el mismo Sartre califica de declinante, y que nosotros no calificaremos dejando que lo haga el lector, después de suministrarle una referencia indicativa. En ese mismo número 264 de junio 1971, en un editorial, después de hacer referencia a «los enfrentamientos y cambios importantes» que se han producido a escala mundial en los últimos años, se dice:

«Con este propósito, el de adecuar nuestra conducta al servicio de las circunstancias que vive nuestro pueblo, queremos actualizar nuestros caminos y nuestras metas inmediatas. Por eso van a continuación los principios generales del Manifiesto que publicó el PNV en 1966. Todos queremos renovarlos y fortalecerlos y actualizarlos en la medida en que lo exige nuestro momento político.» (7)

y, efectivamente, a continuación se reproduce el último documento de orientaciones generales que ha hecho público el PNV, fechado en enero del 66. Nos parece que esto puede dar idea al lector del dinamismo y vitalidad política de la organización que se hace portavoz de algunas tesis sartrianas sobre la cuestión nacional.

Pero la razón más palpable que permite explicar los motivos del PNV para difundir unas páginas del trabajo de Sartre, es el hecho de que en éstas se encierra un grosero ejemplo del primer tipo de defectos que achacamos al trabajo y queremos combatir: *mentir*.

En efecto, a la cuestión que comienza planteando Sartre relativa a la toma de postura sobre el problema nacional vasco que implicaba la oposición activa al proceso de Burgos, da respuesta el mismo Sartre líneas abajo de la siguiente forma:

«Había que sostener a los acusados, y ¿caso ETA no decía: nosotros no estamos solamente contra el franquismo, nosotros luchamos sobre todo contra España? Esta era la píldora indigesta que había que tragar.» (8)

Pues bien, lisa y llanamente NO. ETA no decía eso ni dice eso.

No creemos necesario precisar que ETA es una entidad política muy concreta y material y no el telón de fondo del complejo mundo ideológico que florece en Euzkadi desde el nacionalismo burgués hasta el socialismo revolucionario. Sartre no desconoce esto cuando, más adelante en su trabajo, se detiene en el proceso de definición de la línea política de ETA dando cuenta de algunas de las crisis que ha atravesado esta organización. Y, sin recato de ningún tipo, plantea las anteriores frases como punto picante de su disertación, deformando de cabo a rabo lo que dice ETA.

Veamos esto. En el ZUTIK número 52 del 1º de mayo 1971, órgano del BILTZAR TTIPIA DE EUZKADI TA ASKATASUNA (E.T.A.), ETA analizando el significado político de la tesis colonialista (tesis que defiende Sartre en su trabajo y atribuye a ETA), se dice textualmente:

«La concepción de unos intereses comunes a la nación vasca entera (es decir en todas sus clases), opuestos a España y Francia, potencias colonizadoras de nuestro pueblo, expuesta por primera vez de forma sistemática en el folleto «La insurrección de Euzkadi» escrito en 1963 y publicado a principios de 1964, sigue siendo mantenida hoy por el grupo excluido de la organización en la VI asamblea (9). En el folleto del año 63 se hablaba de «guerra contra España», de «los españoles que, en tanto que españoles, lo mismo sean de derechas que de izquierdas», etc., del mismo modo que en diciembre último (10) se ha declarado lo de «no somos antifranquistas, somos antiespañolistas» o lo de «España asesina a seis patriotas vascos.» (11)

Así pues, Sartre miente. Su cita desafortunada, sin duda satisface al PNV, pero niega a ETA su profundo proceso crítico y su decidido esfuerzo por abrir los caminos de la auténtica libertad real —y no libresca— de Euzkadi. La tan manoseada frase, pues no son Sartre y el PNV los únicos en utilizarla para sembrar confusión sobre la lucha nacional del pueblo vasco, corresponde al grupo expulsado de ETA por la VI asamblea. Para completar el verdadero alcance de esta tergiversación, incluimos las posiciones de ETA frente a este grupo expulsado.

«LOS EXPULSADOS. Nuestros compañeros de Burgos han sido tajantes: «Creemos —nos dicen— que no se le debe dar cuartel y os pedimos que dediquéis todas las energías que podáis para combatir su traición, para desenmascararles frente al pueblo y sobre todo ante la clase obrera...»

Esta tarea de desenmascarar a quienes traicionando a ETA eran en el fondo fieles a la clase que dió origen a esta organización (12), no es una labor accidental, coyuntural. Porque lo que está detrás de la maniobra y su traición es, insistimos, el intento por parte de una fracción de la burguesía nacionalista de RECUPERAR nuestro movimiento para sus propios fines. Si es cierto que estos fines no coinciden con los de la oligarquía, es igualmente cierto que no coinciden con los de nuestra clase.» (13)

«LA DERECHA VASCA ANTE NUESTRA VI ASAMBLEA. Naturalmente toda la derecha nacionalista vasca prestó desde el primer momento su apoyo al grupo fraccionalista (14). ANAI-ARTEA integraría en su comité de gestión y como representante oficial de ETA a uno de los cinco protagonistas del complot... La revista BRANKA por su parte dedicaría su número 13 a un ataque contra nosotros... En varias ocasiones se dice que ETA ha sufrido una «infiltración» de «elementos izquierdista españolistas». Esta fórmula de la «infiltración» es la que manejan casi todos los voceros de esta nueva derecha espontáneamente unida...» (15)

«LA POSTURA DE LOS FRACCIONALISTAS.» Por otro lado al ver en los «milis» (14) nuestros antiguos errores e inconsciencias llevados a sus últimas consecuencias (burocratismo, dirigismo, irracionalismo, falta de teoría, desprecio hacia la labor entre las masas, etc.) nos hizo comprender lo graves que unos y otros habían sido.

Durante la campaña contra el proceso de Burgos hemos visto en las posturas del grupo fraccionalista y de los reclutados a su alrededor la cristalización exagerada y burda de los aspectos más reaccionarios de la concepción ideológica que enmarcaba nuestra lucha. Por una parte el estrecho chauvinismo de quienes no se avergonzaban (en) declarar que para el pueblo vasco «el franquismo es sólo un epifenómeno y que nuestra lucha no es contra Franco sino contra España», o inscribir en un cartel «España asesina a seis patriotas vascos»; o a escribir en un KEMEN que «la clase trabajadora española es imperialista en Euzkadi»; o a llamarnos españolazos por nuestros actos de solidaridad con los tres peones de la construcción asesinados en Granada.

Y no sólo a ese nivel. Cuando dentro de la lucha en las fábricas hemos visto en Mondragón como trataban de imponer comités de fábrica SOLO entre los nacidos en Euzkadi, o cuando hemos visto, en Eibar, que trataban de destruir los comités de fábrica para sustituirlos por una burocrática coordinación entre organizaciones políticas, hemos comprendido en qué se traduce esa ideología en la lucha cotidiana...» (15).

Nos parece que las anteriores citas dan una idea del alcance de las tergiversaciones sartrianas (16). Es doloroso constatar, y en la misma medida es necesario denunciar, que esta reaccionaria, y tradicionalmente derechista, «técnica de mentir», constituye el soporte del conjunto de las argumentaciones de Sartre.

El ejemplo que hemos analizado no es en modo alguno único, sino que el efecto totalmente deformador que imprime al trabajo dede sus primeras páginas, se

ve progresivamente acentuado y reforzado con pasajes semejantes.

Por ejemplo, en la página XXIV podemos leer: «*Enfrentándose con los españoles, los acusados sabían lo que arriesgaban: la prisión, las torturas, la ejecución capital*».

Nos indigna pensar en lo que estas frases encierran de *encubrimiento al fascismo*. Para un lector desconocedor del tema y solidario de toda empresa progresista y revolucionaria, si acepta sin crítica las frases de Sartre, los españoles se convierten en torturadores y asesinos y el fascismo se evapora. Pero indigna todavía más que semejante patraña se escriba en nombre de unos hombres cuyas últimas palabras frente a un tribunal fascista que les quiso condenar a muerte fueron:

José M^e Dorronsoro.— «*El pueblo vasco nos juzgará. La justicia popular caerá sobre vosotros. Vosotros que estais aplastando al pueblo, no sois quién para juzgarnos. ¡Viva la Revolución Vasca! ¡Viva el proletariado español! ¡La muerte no nos asusta!*»

Guesalaga.— «*¡Gora Txabi Etxebarrieta! ¡Gora Roberto Perez Jauregui, asesinado por la Guardia Civil en Eibar! ¡Gora Euzkadi! ¡Viva el pueblo trabajador español!*»

Gorostidi.— «*Señores letrados: este juicio es una farsa porque intentan juzgar la lucha del pueblo vasco a través de ETA. No reconozco este tribunal ¡Viva Euzkadi libre! ¡Viva Txabi Etxebarrieta! ¡Viva la revolución de Euzkadi! ¡Vivan los trabajadores de España!*» (17)

Después de esto, cabe preguntar: ¿quién se enfrenta con los «españoles» —españoles a bulto, en conjunto, como escribe Sartre— los acusados o es el propio Sartre? Estos gritos lanzados frente a la muerte o la cárcel para años, nos parecen un testimonio sobrado. Hace falta vivir muy profundamente la complejidad y el carácter socialista de la revolución que estos vascos defienden, para en circunstancias como esa, entregar un grito —que es todo cuanto les quedaba por dar— al proletariado español. Y, hace falta una frivolidad que no calificamos, para tratar de amortiguar esos gritos con falsos testimonios. Este es el sentido más claro del trabajo de Sartre que no tiene una sola línea dedicada a indagar en la realidad del complejo mundo de la lucha nacional vasca, y que, muy al contrario, no duda en deformar lo que sea, para apañar cuatro ideas apresuradas que le han venido a la cabeza.

Un último ejemplo de este tipo de trabajo. Sartre en la página XXIV:

«*¡La independencia o la muerte! estas palabras que se decían ayer en Cuba, en Argelia, hoy las repite Euzkadi.*»

El grito que lanzó Euzkadi desde Burgos al mundo, compañero Sartre, no ha sido: ¡Independencia o muerte! sino ¡Iraultza edo hill! que quiere decir: ¡Revolución o muerte! Esta fue la declaración postrera de Izko frente al tribunal, aunque la otra se ajuste mejor a tus tesis, compañero Sartre.

Estas cuestiones, quizá de lejos a algún ingenuo le puedan parecer quisquillosas, pero son de una gran importancia para los que luchamos diariamente en fábricas, en el campo o la universidad sin grandes textos en que refugiarnos. Los que combatimos por el socialismo en el Estado español, afrontamos una represión que cubre de dolor al pueblo y cada año cuesta más vidas. Esto lo sabe Sartre y todo el mundo. Pero quizá se desconoce más la aplastante propaganda centralista que destila diariamente el franquismo y los esfuerzos de éste para presentar las luchas por la libertad de las nacionalidades que mantiene oprimidas, como un atentado mortal a un futuro de prosperidad para España. Y, por grosera y falsa que sea esta propaganda, produce sus efectos —como pasará con el prólogo de Sartre—. Esto nos plantea otro frente de lucha, para evitar que la clase obrera y el pueblo español se vean contaminados de posturas reaccionarias y gran chauvinistas y para lograr que el proletariado que trabaja en Euzkadi

—vasco de origen y emigrado— se una sin fisuras en la batalla por su objetivo de clase. Además, existe otro peligro contrario. El efecto de reacción simple frente a esta propaganda, que, incubado en la miseria cultural que el franquismo mantiene en el país, puede producir apreciaciones perfectamente románticas sobre la lucha por la libertad de Euzkadi, propiciando métodos y soluciones en contradicción con los intereses del proletariado, y por tanto igualmente reaccionarias.

En este frente de lucha ideológica, compleja y urgente, necesitamos la ayuda de Sartre y de todos, pero pensamos que con su prólogo, con los métodos que en él emplea, el efecto, lejos de ser una ayuda, puede sumarse a la propaganda de Franco.

II.

Una parte esencial del trabajo de Sartre está dedicada a bosquejar una historia de ETA. Sin entrar en detalles sobre lo que dice y lo que olvida en esas páginas queremos destacar una cuestión que no es de detalle. La historia presentada por Sartre únicamente da cuenta de los problemas y crisis de ETA durante los años sesenta, y aunque se extiende con referencias hasta las fechas del juicio de Burgos —diciembre 70—, omite totalmente un acontecimiento, la VI asamblea del verano del 70, que como se desprende de lo que llevamos vista hasta aquí es de trascendental importancia. ETA ha calificado esta asamblea, junto con el proceso de Burgos, como: «dos hitos fundamentales en nuestra transformación de organización populista en organización de clase» (18)..

Recordamos de nuevo que las páginas de Sartre se han publicado en junio del 71 y que no cabe suponer el desconocimiento del autor sobre esta VI asamblea ya que el choque de concepciones, expulsiones y dimisiones, que en ella se produjeron fueron profusamente aireados —con la correspondiente dosis de deformación y confusión— por toda la prensa que en diciembre del 70 se ocupó de ETA. Además, el trabajo de Sartre alude indirectamente y sin citarla a esta VI asamblea en una breve nota, que citaremos algo más adelante.

Nuestro objetivo con este trabajo consiste en suministrar un instrumento que contribuya a la lucha del pueblo vasco. Esto nos plantea, frente al silencio parcial de Sartre, la necesidad de completar los hechos. Para ello no vamos a seguir el método de contraponer «nuestra historia» a la historia de Sartre; frente a Sartre hablando de ETA, vamos a ofrecer las propias palabras de ETA sobre ella misma. Con este fin, a continuación extractamos el documento de ETA, «ETA: HISTORIA DE UNA CRISIS CONTINUA» (19).

Líneas generales que caracterizan nuestro proceso. *En el año 1959, tras un período virtual con el nombre de EKIN primero, y un corto maridaje de 11 meses con EGI después, ETA toma su nombre actual y cobra un fuerte desarrollo. Se daba entonces un marco ideológico para ello y para que surgieran iniciativas radicales. Y es evidente que aún sin salirnos de la ideología nacionalista, ETA fue desde sus comienzos una organización radical.*

En esta época la crisis de la pequeña burguesía vasca, agudizada con las medidas estabilizadoras de Ullastres, es manifiesta. Muchos pequeños comerciantes de las ciudades se arruinan y gran número de talleres de transformación, se ven obligados a cerrar. La exasperación de esta pequeña burguesía, la decadencia económica de sus sectores industriales y comerciales, su falta de instrumentos políticos de expresión, la existencia de un feroz centralismo junto a la carencia absoluta de dinámica de las organizaciones nacionalistas clásicas, constituyen ese marco idóneo en que se dan ese desarrollo y esas iniciativas radicales.

ETA nace como producto de un grupo de jóvenes, fundamentalmente intelectuales y estudiantes, de la pequeña burguesía. Y estos dos factores: la juventud que les llevará a ser radicales y la intelectualidad que les dará independencia y cierta formación cultural, serán los factores que la determinan en su nacimiento a tomar una línea radical, poco habitual en los partidos nacionalistas clásicos. Nuestras formulaciones independentistas, de separación absoluta de Euzkadi y de destrucción del aparato político del enemigo no serán en absoluto semejantes al estatismo pacifista y clericalista del nacionalismo clásico. A esto se suman unos métodos de lucha también radicales. Serán las bombas, los tiros, las armas, unidos a la feroz represión a la que desde siempre hemos estado sometidos, lo que permitiría nuestro despegue y despertaría simpatías.

Cuando nació ETA y en los primeros años de su historia hubo jóvenes obreros en nuestra organización. Pero su presencia no era reflejo directo de sus intereses de clase, sino de la ideología nacionalista que les impregnaba absolutamente. Sólo, cuando estos obreros y el socialismo científico representaron un poder, una fuerza frente a la pequeña burguesía en el seno de nuestra organización, los zigzageos reflejo de esta clase se convertirán en la crisis del enfrentamiento entre dos clases dentro de ETA y llevarán a ésta a convertirse en una organización proletaria.

Durante años desarrollamos una práctica, que se podría llamar, cuasirrevolucionaria. Esto por dos razones:

- a) por realizarse en presencia, pero al margen, al lado pero no desde, las masas.
- b) por el marco ideológico y las perspectivas políticas globales desde las que se lanzaba y explicaba dicha práctica.

Esta es sin duda la más autorizada, y pensamos que también la más penetrante y seria apreciación sobre la evolución de ETA, que se ha escrito. Dejamos para el lector la tarea de valorar la diferencia de imágenes que ofrecen estas páginas de ETA sobre ETA y las del prólogo de Sartre. Nos parece de mucho más interés completar lo anterior con la crítica que hace ETA hoy de sus primeros años de lucha. Es decir, exponer el contenido preciso de las dos razones que a juicio de ETA limitaban su lucha y hacían de ella una «práctica cuasi-revolucionaria».

Al margen de las masas. Mikel Etxebarrieta recordando su odisea de Orozco, nos escribía hace unos días: «El pueblo tiene una ligazón sentimental con ETA que a veces se transforma en apoyo directo; pero a nivel general no podemos decir que ETA arrastra al pueblo. Tenemos al pueblo aplaudiéndonos desde el balcón pero pocas veces en la calle, luchando él. Lo de diciembre era otra cosa y ése es el camino.»

Esta apreciación nos parece muy justa. Si por una parte es innegable la popularidad de nuestras siglas en determinados sectores, no es menos cierto que las masas han percibido nuestras acciones como algo más o menos lejano a ellas que pasaba al margen de sus preocupaciones y luchas cotidianas en las fábricas, en los barrios, en la universidad, etc. El tipo de activismo individualista, alejado de la práctica política del pueblo trabajador, que durante tantos años nos ha caracterizado, nos ha impedido un anclaje real entre las masas y una presencia estable en sus luchas. A falta de este anclaje, el activista había de enfrentarse sólo y directamente contra el aparato represivo. El militante quedaba totalmente expuesto a los golpes de la represión sin el respaldo de un movimiento de masas. Se acababa cayendo en un círculo cerrado: la represión impide la implantación estable en los movimientos de masas, y esta falta de implantación facilitaba la represión. Esta situación conducía a ETA a dar todos sus pasos montada, casi exclusivamente, sobre el caballo de la actividad armada, por lo que la mayor parte de

nuestra práctica organizativa estaba en función de ella.

El que nuestra práctica de lucha se mantuviera fundamentalmente al margen de las masas no era debido, en todo caso, a motivos circunstanciales. Era la consecuencia lógica de nuestra política, la cual venía determinada por el estrecho marco ideológico en que nos movíamos y del que no lográbamos salir. Este marco ideológico se llama nacionalismo burgués (20).

El marco ideológico: el nacionalismo. Aun desmarcándose del archirreaccionario clericalismo tradicional del PNV, la alternativa ideológica que ETA plantea en sus primeros años no es, en lo fundamental, distinta de la de aquél.

La novedad que aporta ETA no es ideológica, sino que se encuentra más bien a nivel de los métodos y la formulación de algunos objetivos políticos. Los principios elaborados en nuestra primera asamblea (mayo 62) remiten continuamente a la ideología nacionalista burguesa tradicional con sus manifestaciones de chauvinismo («única lengua oficial será el euzkera», «defensa de los valores genuinos vascos...»); de anticomunismo («...contra cualquier régimen dictatorial, sea fascista o comunista», «defensa de los intereses nacionales contra los intereses de clase o grupo»); de reformismo («creación de cooperativas», «cogestión de capital y trabajo en las empresas») o, en fin, de humanitarismo burgués («respeto de la dignidad de la persona humana»).

En este contexto nuestras repetidas declaraciones de socialistas se mantenían por lo general a nivel de formulaciones. No nos fijábamos demasiado en lo fundamental: una organización socialista es aquella que coloca en el centro de su estrategia los intereses de la clase obrera y combate por la realización del objetivo histórico de dicha clase: el fin de la explotación. Nuestro socialismo se quedaba en el papel, no se plasmaba en una práctica concreta entre las masas obreras.

El marco político: tesis colonialista. (manteníamos) la concepción colonialista según la cual, la opresión nacional de Euzkadi se debe al hecho de estar colonizada por España y Francia (21). Por ello, el objetivo es la destrucción del aparato colonizador hispano-francés destacado por dichas metrópolis en Euzkadi, mediante un proceso de lucha creciente, violenta, en que, a partir de acciones de la minoría de vanguardia (y por efecto de la represión indiscriminada contra todo el pueblo) el citoplasma popular iría paulatinamente engrosando el primitivo núcleo de combatientes. La acción guerrillera de estos, sólo cesaría el día en que para los estados colonizadores la explotación de Euzkadi dejara de ser rentable. (22)

Quedaba justificado de esta forma:

—el tipo de lucha minoritaria y de activismo individualista que desarrollábamos y que se explicaba como una parte de un proceso general que algún día comenzaría.

—la concepción de unos intereses comunes a la nación vasca entera (es decir en todas sus clases), opuestos a España y Francia. Esta concepción sigue siendo mantenida hoy por el grupo expulsado en la VI asamblea. Lo que de progresista tiene plantear inequívocamente la necesidad de la violencia revolucionaria, queda anulado por el nacionalismo burgués estrechamente chauvinista y por el idealismo de prescindir de la necesidad de trabajo organizado entre las masas —en el seno del proletariado en particular—.

Cambio de base social. Debido a la inoperancia de los partidos de izquierda (cada vez más sumidos en una desvaída socialdemocracia) debido también a nuestra actividad directa e incesante en contra del aparato del enemigo y debido sobre todo a la aureola más o menos «heroica» de que dicha práctica y la estupidez de los órganos de contrainformación

fascistas nos habían investido, numerosos jóvenes obreros comenzaron a entrar en ETA.

Se va viendo de una forma cada vez más neta que ETA es una organización asentada sobre dos clases. El resultado es casi siempre y a pesar del radicalismo de los métodos y las proclamas, una política vacilante, centrista en el fondo. Desde nuestras tomas de posición política internacional (como la condena de la intervención en Checoslovaquia que fue seguida de una rehusación de haber metido la pata cuando se hizo pública la posición de Fidel Castro) hasta las relaciones con el P.C., con el PNV, etc. hoy diciendo y mañana desdiciendo; lo mismo en casi todos los problemas políticos que van surgiendo. En ETA había obreros. Lo que se carecía era de una política obrera, de unas consignas y orientaciones específicamente proletarias, al concebirse la lucha obrera y la lucha por el socialismo como una de las formas posibles de acelerar la liberación de Euzkadi y no como el centro de nuestro combate contra el fascismo y sus beneficiarios.

Ya hemos señalado antes que en esta cuestión relativa a la evolución política de ETA, más importante que rebatir a Sartre nos ha parecido completar lo que él calla; pues bien, de todo lo anterior Sartre no señala, ni deja entrever, nada.

Las actuales orientaciones políticas de ETA —las que venimos reflejando y que Sartre se esfuerza por ocultar— son producto formal de la VI asamblea celebrada en el verano del 70. ETA ve en su VI asamblea, «el momento cumbre, álgido del enfrentamiento entre las tendencias pequeño-burguesas y socialistas dentro de ETA». En esta asamblea se produjo la ruptura con el grupo de los «milis». Este grupo junto con otros elementos de la organización radicados en el extranjero, habían desarrollado una serie de actividades dirigidas a boicotear esta asamblea y publicaron un Manifiesto que en lo esencial relanzaba la tradicional tesis del nacionalismo burgués vasco: «el socialismo es incompatible con la lucha por la libertad de Euzkadi, proclamarse socialista es dimitir como patriota vasco». El manifiesto llevaba las firmas de Etxabe, Madariaga, López, Arregui, Krudwig y en su difusión participaron varios grupos nacionalistas.

La sexta asamblea, por unanimidad salvo una abstención, condenó esta tendencia y sus procedimientos por fraccionalistas y la sancionó con expulsión.

Además de esto, diez representantes de un sector de la organización conocido como «células rojas» —con Eskubi (23) entre ellos— presentaron su dimisión considerando que: «permanecer en ETA, sería por nuestra parte un acto de voluntarismo, pues es imposible torcer desde dentro su vacilante rumbo populista-nacionalista» (24). Este grupo, que actualmente edita la revista SAIOAK (25), ha expuesto su actitud actual en los siguientes términos:

«Nuestros esfuerzos, al par que destruir toda ideología nacionalista, irán encaminados a elaborar la teoría que necesita la práctica revolucionaria vasca. Si hasta el presente hemos colaborado incansablemente en hacer que ETA, de una organización minoritaria llegase a ser una expresión popular de sacudida y revuelta, en estos momentos nos encontramos por nuestra propia voluntad fuera de ella, precisamente para mejor poder trasponer esos límites de revuelta y de sacudida dándoles desde la base una expresión revolucionaria hacia el socialismo.»

«Apoyamos pues con todas nuestras fuerzas a todos los grupos de base de todas las organizaciones que luchan por la libertad; cooperamos con todos cuantos defiendan los intereses de la clase obrera que no son otros que los de una Euzkadi libre. Libertad cuyas formas específicas y políticas ya las van determinando las masas en su lucha diaria hasta que, definitivamente, sea expresada en un consentimiento mayoritario y popular.» (26)

Después de esto queda claro que ni los expulsados (los milis), ni los dimitidos (las células rojas) son miembros de ETA. La expulsión y la dimisión por su-

puesto son cosas muy diferentes, y el juicio actual de ETA sobre unos y otros está perfectamente diferenciado. Sobre los expulsados —cuyas tesis son las que recoge Sartre todo a lo largo de su trabajo—, el juicio de ETA creemos que ha quedado suficientemente claro en las páginas anteriores. Por lo que se refiere a los dimitidos, ETA opina:

«A los representantes de las células rojas les reprochamos el haber cometido un error político; el pretender que la definitiva ruptura con nuestros lastres y el total asentamiento socialista se podía dar de repente, como un corte geométrico sobre nuestra historia; el no ver, en parte por falta de información sobre la situación organizativa del interior, cuales eran las corrientes principales que estaban sacudiendo a ETA desde sus cimientos». «Les reprochamos el no comprender que a pesar de los lastres del aparato, de los defectos históricos, o de cierto dogmatismo que en más de un momento pudimos mantener a lo largo de la VI asamblea, ETA se encontraba en una posición desde la que podía avanzar y ser un eficaz instrumento en la aportación hacia la construcción de la vanguardia de la clase obrera que todos pretendíamos y pretendemos construir.» (27)

Con lo que llevamos visto, resulta claro que la VI asamblea no puede ser ignorada a la hora de dar cuenta de la evolución de ETA, sin grave riesgo de falsificar por completo el análisis. Sartre cae completamente en esta falsificación; la única alusión que hace a la VI asamblea y sus consecuencias, se encuentra en una nota y dice:

«Desde el mes de agosto de 1970, una nueva tendencia propone una desmilitarización parcial de ETA, en favor de una acción política de los trabajadores del país vasco.» (28)

El resultado de esto es que Sartre describe una ETA profundamente teñida de chauvinismo, encerrada estrechamente en la famosa espiral acción-represión-acción impulsando un proceso de veinte o treinta años para construir un ejército popular vasco (29), la ETA de los cuatro frentes (político, militar, obrero y cultural) perfectamente complementados (30), mientras hemos podido comprobar que ETA hoy plantea una serie de consideraciones profundamente críticas sobre estos extremos:

«El militante quedaba totalmente expuesto a los golpes de la represión sin el respaldo de un movimiento de masas. Se acababa cayendo en un círculo cerrado...» (31)

«Esta situación conducía a ETA a dar todos sus pasos montada casi exclusivamente sobre el caballo de la actividad armada...» (32)

«No nos fijábamos demasiado en lo fundamental: una organización socialista es aquella que coloca en el centro de su estrategia los intereses de la clase obrera...» (33)

«En ETA había obreros. Lo que no había era una política obrera...» (34)

La VI asamblea oficialmente se consideró como «primera parte de la VI asamblea nacional de ETA», encargándose a la nueva dirección elegida la convocatoria y preparación de la «segunda parte de la VI asamblea». No se llevaron a cabo elaboraciones muy concretas en el terreno táctico, pero su principal papel fue confirmar e impulsar las nuevas concepciones de ETA sobre la lucha en Euzkadi: *lucha de masas*, es decir, «trabajo diario entre las masas, en las fábricas, en los pueblos, en los barrios, con objeto de ir movilizándolo al pueblo de un modo progresivo y disponiéndolo para la toma del poder político, único modo de hacer la revolución.» (35).

En esta nueva perspectiva es como ETA analiza la lucha contra el proceso de Burgos. Como un gran combate popular en el que «las masas movilizadas en las fábricas y en la calle, fueron en definitiva las que

salvaron a los seis condenados a muerte» (36). ETA ve hoy en las luchas de diciembre-70, una experiencia que refuerza sus nuevas posiciones y que le ha permitido comprender con claridad cuales deben ser sus objetivos y métodos de lucha.

Sartre en sus páginas, no nos trae la voz y la fuerza de esta nueva ETA empeñada y entregada a las tareas de movilizar y organizar a las masas populares y de contribuir a la construcción de la vanguardia de la clase obrera. Sartre, en el mejor de los casos, se dedica a hacer literatura con fragmentos de un pasado valioso y criticable, despojándolo de presente y de futuro.

III.

Lo que ya llevamos escrito —que no es poco— únicamente sale al paso de una pequeña parte de las frivolidades sartrianas. En este nuevo apartado, queremos abordar brevemente —pero dentro de nuestro método de aportar datos y contraponer hechos a las alegres elucubraciones del prestigiado filósofo— un extremo más que resulta de la mayor importancia en un trabajo con miras a incidir en la actual lucha política que se libra en el Estado español. Se trata de la posición del Partido Comunista de Euzkadi ante la lucha del pueblo vasco por su libertad nacional.

Las opiniones de Sartre sobre el P.C. de Euzkadi, se encuentran desparramadas un poco por todo su trabajo, pero se pueden recoger en lo esencial con unos breves pasajes como los siguientes:

«El P.C. tiene a Euzkadi por una simple denominación geográfica. Recibe órdenes en Madrid del P.C. de España y no tiene en cuenta las realidades locales, de tal manera que permanece centralista...»

«...el P.C. de Euzkadi trata de arrastrar a los obreros a la lucha de clases «químicamente pura»...»

«...lleva a los vascos a la lucha contra la explotación pura y simple, abandonando sus propios problemas para ayudar a los trabajadores españoles a derrocar a la burguesía franquista.»(37)

Una vez más nos sentimos obligados a denunciar: ¡mentira, compañero! —y, sentimos tentaciones de escribir: compañero mentiroso—. Es evidente que no podemos transcribir aquí documentos sin tasa, pero será suficiente resumir algunas ideas del último documento del P.C. de España sobre Euzkadi y las nacionalidades del Estado español, para poner en claro esta cuestión. El documento a que nos referimos se titula «España, Estado multinacional» y reza al pie «Informe presentado ante el pleno del Comité Central del P.C.E. por Dolores Ibárruri. Sept. 1970», y en sus primeras líneas señala:

«...entre las cuestiones que en la lucha por la democratización de España deberán ser resueltas con prioridad a otras más generales, está el problema nacional, que es en substancia el derecho de Cataluña, Euzkadi y Galicia a disponer libremente de sus destinos.» (38)

Extractando apretadamente lo que este documento plantea en el orden de definición política sobre los problemas nacionales, encontramos:

«El P.C. se pronuncia por el reconocimiento sin ninguna limitación y con todas sus consecuencias, del derecho de las nacionalidades a la autodeterminación. Entiende por derecho de libre determinación en el caso del Estado español, el derecho de Euzkadi, Cataluña y Galicia a formar parte del Estado español o a separarse de éste y contruir Estados nacionales independientes. La cuestión de la secesión, la consideramos subordinada a los intereses de las

fuerzas fundamentales: clase obrera, campesinos y demás fuerzas populares frente a las oligarquías financieras, monopolistas y latifundistas y los gobiernos representativos de éstas.»

«El P.C. considera que, a condición de que sea libre y democráticamente establecida, la unidad de los pueblos de España es la solución que mejor corresponde a sus intereses, a los intereses de clase del proletariado y de la revolución democrática y socialista.»

«El P.C. propone como objetivo democrático inmediato el restablecimiento de los Estatutos aprobados por los pueblos de Cataluña, Euzkadi y Galicia antes de la guerra civil como marco legal provisional mientras se procede a la estructuración democrática y federal del Estado español. Tales Estatutos servirán, sobre todo de plataformas políticas para que puedan surgir, como emanación de la lucha y unidad antifranquista, órganos unitarios de autogobierno de dichas nacionalidades, cuya existencia y actividad podría ser una contribución importante para una ulterior solución del problema nacional en la autodeterminación.»

«El P.C. declara la firme decisión de luchar por que sean una realidad las aspiraciones nacionales de los pueblos que entran en la composición del Estado español. De esforzarse por llevar a la conciencia de la clase obrera y de los campesinos, de la juventud obrera y estudiantil, incluso a las filas del ejército y demás fuerzas armadas, la necesidad y la justicia del reconocimiento de los derechos nacionales de Euzkadi, Cataluña y Galicia.»

«El PC llama con toda fuerza a la lucha resuelta por liquidar la discriminación existente contra los idiomas catalán, vasco y gallego, para lograr que adquieran plenas posibilidades de desarrollo en sus nacionalidades en todas las esferas de la vida social y política.» (39)

Todos sabemos —los que luchamos— que de las declaraciones a la realidad media un mundo y muchas vidas de esfuerzos y riesgos, de tal manera que ningún documento escrito constituye prueba definitiva de nada. ETA reconoce, y se esfuerza hoy por manifestarlo, que en su trayectoria han anidado muchos sectarismos y lastres reaccionarios. La realidad habla de cómo el PC de Euzkadi adolece de otros muchos defectos; pero todo esto a Sartre no le preocupa, no lo mira, no lo mide, no investiga lo que cada uno dice y hace, sencillamente se limita a pontificar:

«El PC no comprende —por encima de algunas declaraciones oportunistas en favor de ETA durante el proceso de Burgos— que las acciones que propone tienen objetivos inadecuados...» (40)

Oportunismo, suele ser un término muy socorrido del lenguaje político. La mayoría de las veces se utiliza de forma desdibujada y difícil de precisar para cubrir las propias insuficiencias. Ahora bien, cuando se dice que el PC considera a Euzkadi una «simple denominación geográfica», y la realidad es que ese partido reconoce y proclama sin limitaciones el derecho de Euzkadi a optar libremente entre separarse del Estado español o formar parte de él, depositando esta capacidad de decisión en un acuerdo libre y democrático del pueblo vasco, en este caso no dudamos en decir que se está mintiendo. Si se escribe que el PC de Euzkadi trata de arrastrar a los obreros a la lucha de clases «químicamente pura» y que dirigiendo su lucha contra «la explotación pura y simple» les conduce a «abandonar sus propios problemas», se está jugando con la mentira y la confusión. Pues, la realidad es que el PC de Euzkadi reclama en lo inmediato el derecho de autodeterminación para el pueblo trabajador vasco, y al impulsar la lucha de los trabajadores contra la explotación —pura, simple, super (?)— desarrolla esta lucha por la única vía que la puede conducir al triunfo y une la lucha de los trabajadores vascos con la del resto de los trabajadores del Estado español en la tarea común, inmediata y urgente de acabar con la dictadura y la oligarquía que ésta representa. O ¿pretende Sartre,

que derrocar el franquismo es un problema en cuya resolución no tienen nada que hacer los vascos? Si es así, sólo nos queda decirle que venga a Euzkadi y pregunte al primer vasco que encuentre en una fábrica, en una escuela, en un barco o arando el campo.

Para Sartre, el PC que proclama los principios que antes hemos citado, y que en diciembre del 70 llama al pueblo vasco y al pueblo español, catalán y gallego a luchar en defensa de unos patriotas vascos —lucha, que como dice Sartre, no puede plantearse sin una posición clara respecto de la cuestión nacional—, hace oportunismo y propone objetivos inadecuados a los intereses del pueblo vasco.

Después de todo esto, nos parece obvio que el oportunismo —una auténtica joya de oportunismo— es el prólogo de Sartre que pretende hacer pasar por ideas de ETA sus ideas personales, que vuelve del revés los planteamientos del PC gratuitamente, que oculta lo que es necesario aclarar para fortalecer la *lucha unitaria* de todos los que defienden los derechos nacionales de los pueblos y comprenden que sólo encontrarán solución acabada en la libertad y el socialismo.

No queremos abundar en lo que ya está claro, pero no dudamos que, cuando la ocasión vuelva a repetirse, cuando de nuevo en Madrid y en Sevilla... haya que levantar las fábricas y las universidades y salir a la calle en defensa del derecho de autodeterminación vasco, en esta nueva ocasión será necesario superar los efectos que las páginas de Sartre hayan producido en los trabajadores y estudiantes. Precisamente para eso escribimos este trabajo. Para combatir los efectos sobre el pueblo español de afirmaciones falaces como esta:

«...el fin del régimen colonial de Euzkadi supondría inmediatamente el acrecentamiento de la miseria de Castilla y Andalucía» (41).

Y, en Euzkadi, para incrementar la lucha por la libertad nacional y el socialismo, habrá que combatir la idea de Sartre de que:

«...los españoles superexplotan a los vascos porque son vascos». (42)

Desde luego, para que las grandes fábricas de Vizcaya, Guipúzcoa y Alava constituyan bastiones socialistas, ninguno de sus trabajadores podrá pensar como Sartre que:

«La superexplotación no beneficia a los capitalistas vascos (...) únicamente beneficia a España» (43)

IV.

Para concluir este trabajo, queremos presentar algunas ideas sobre el problema nacional vasco y los problemas nacionales en general tal y como se plantean hoy en el Estado español.

Nuestro punto de partida reside en establecer con claridad que cualquier intento de solución política al problema nacional de una nacionalidad oprimida, para ser tal solución en el orden histórico, debe apoyarse y desarrollar dos principios básicos:

- 1) Respetar las libertades y derechos de los pueblos.
- 2) Orientarse hacia una sociedad socialista internacional.

Estas condiciones son las mismas que planteaba Lenin en 1913 como bases del programa nacional de los marxistas:

«...defender en primer lugar, la igualdad de derechos de las naciones y de los idiomas y también el dere-

cho de las naciones a la autodeterminación, considerando inadmisibles la existencia de cualquier privilegio a este respecto, y en segundo lugar, propugnar el principio del internacionalismo y la lucha implacable para evitar que el proletariado se contamine de nacionalismo burgués, aún del más sutil.» (44)

Ahora bien, es evidente que allí donde la lucha por las libertades nacionales se ha visto monopolizada o dirigida por la burguesía, encontrando el rechazo del proletariado y polarizándose como contrapuesta a la lucha de éste por el socialismo, está negada la posibilidad de asentar establemente ambas bases de solución del problema nacional.

La historia reciente está repleta de falsas soluciones a cuestiones nacionales, cuyas causas hay que buscar a una profundidad u otra en el problema anterior. Sin embargo, en la mayoría de los casos este trabajo no se ha hecho y ha sido mucho más frecuente la proclamación de «nuevas concepciones» sobre la cuestión nacional. De una manera grosera pero que recoge lo esencial, estas concepciones se pueden agrupar en dos tipos.

Unas, centradas en ensalzar al máximo, bajo una fórmula u otra, el factor nacional, predicando una necesidad de lucha en solitario para la nacionalidad oprimida y omitiendo o borrando las contradicciones de clase dentro de la nación y la unidad de los oprimidos más allá de la nación. Estas concepciones han representado y representan el interés de las clases burguesas, tanto cuando éstas se encuentran realmente interesadas en conquistar unos derechos nacionales, como cuando han abdicado de esta tarea pero buscan frenar y dividir la lucha de la clase trabajadora. Abonando esta concepción siempre está la demagogia nacionalista que florece con facilidad en base a la opresión *real y diaria* que sufre el pueblo oprimido. Ahora bien, no puede perderse de vista que esta demagogia, nunca puede ser un sustitutivo válido del necesario trabajo para lograr la unidad nacional de las fuerzas populares definidas contra la opresión y maniobras de división de la oligarquía opresora. Junto a esto, estas concepciones burguesas también alimentan su demagogia en otro tipo de factores *reales* como son las insuficiencias y limitaciones que la solución de algunos problemas nacionales ha encontrado en países socialistas y, sobre todo, en la actitud de los países socialistas cuando se comportan como gran potencia frente a otros países más débiles (socialistas a su vez o no socialistas).

De otro lado, están los que han pretendido encontrar la solución a base de «borrar todo nacionalismo». Su idea central casi siempre se resume diciendo: «todo nacionalismo es producto de la burguesía y por tanto, de una forma u otra, contrario a los intereses internacionalistas del proletariado». A los que hoy plantean esto, ya los denunció Lenin hace muchos años cuando escribía:

«...el planteamiento abstracto del problema del nacionalismo en general no sirve para nada. Es necesario distinguir entre el nacionalismo de la nación opresora y el nacionalismo de la nación oprimida, entre el nacionalismo de la nación grande y el nacionalismo de la nación pequeña.» (45)

Pero sobre todo, los denuncia a cada paso una realidad nacional que vive y palpita en el pueblo y que se esfuerza en negar y aplastar inútilmente la oligarquía opresora. La realidad es que, contra más esfuerzos teóricos hacen estos superadores del nacionalismo para negar las realidades nacionales actuales, menos hacen en la práctica por impulsar el proceso histórico real que conduce a un auténtico internacionalismo.

Ni unas ni otras concepciones han aportado nada nuevo sobre el problema, y mucho menos han ofrecido posibilidades reales de solución. La cuestión no se cifra en modo alguno en retocar la doctrina o en extrapolar experiencias pasadas, sino en reafirmar los dos principios que ya señalaba Lenin y sobre todo dedicarse a estudiar las *coordenadas actuales* en que se trata de aplicarlos. Con otras palabras: el camino que permite

avanzar en la solución del problema nacional bajo fórmulas levantadas en la libertad y orientadas al socialismo, hay que trazarlo a partir de análisis concretos y serios sobre las actuales características de la sociedad (proceso de concentración monopolista, pérdida de entidad de las clases burguesas no monopolistas, desarrollo de nuevas capas sociales proletarizadas, situación organizativa e ideológica dominante del proletariado, etc.) y de sus líneas de evolución.

Esta es nuestra posición de partida para enfocar el problema nacional: *primero* establecer las bases de cualquier solución en el respeto de los derechos y libertades de los pueblos y en la necesidad de formas orientadas hacia un socialismo internacional, y *segundo* analizar las transformaciones que se vienen produciendo en la sociedad para encontrar cómo actúan en cada caso sobre la cuestión nacional.

Desde este punto de vista vamos a referirnos muy breve y esquemáticamente al caso que nos ocupa: la nacionalidad vasca dentro del actual Estado español controlado por una reducida oligarquía.

1.— Resulta claro que hoy en el Estado español la contradicción social fundamental se establece entre *oligarquía y pueblo*, y se encuentra agudizada hasta extremos lo suficientemente desarrollados para poder apreciar un proceso de disgregación política en el seno de la oligarquía y de sus aparatos estatales; junto a esto se está dando un movimiento de confluencia y unidad entre las clases sociales que incluimos en el término pueblo o población (pequeños y medios industriales, pequeños y medios campesinos, pequeños y medios comerciantes, trabajadores asalariados del campo, trabajadores intelectuales asalariados, trabajadores asalariados de la industria).

2.— Frente a la dictadura fascista que mantiene esta oligarquía como representación política, la única clase social que se ha demostrado capaz de organizarse y luchar con continuidad creciente, superando los efectos de una política represiva sistemática y de un Estado policial, ha sido la clase trabajadora.

Otras clases sociales dañadas por el fascismo de la oligarquía y desprovistas de derechos y libertades, no han sido en general capaces de traducir sus intereses en organizaciones con una política activa, y se han replegado a posiciones escépticas y pasivas que sólo hoy, ante la debilidad evidente de la dictadura, comienzan a reconvertir.

Junto a esto, también hoy, comienzan a manifestarse las expresiones orgánicas y la lucha de nuevos sectores sociales en aguda contradicción con los intereses y proyectos oligárquicos, fundamentalmente los trabajadores intelectuales asalariados.

3.— Como consecuencia de todo lo anterior, el papel de dirección de la clase obrera en la lucha actual contra la dictadura y por las libertades, es francamente predominante. Esto está favoreciendo que la clase obrera ponga de manifiesto el carácter hegemónico que le corresponde en la solución del conjunto de los problemas de la población. Esto se produce en un doble sentido:

- a) la clase obrera asume y encabeza hoy la lucha por problemas que sufren duramente otras capas sociales.
- b) otras capas —sobre todo las de nueva incorporación a la lucha— aprecian la necesidad de la dirección obrera en la lucha y adoptan los programas y métodos de la clase obrera.

4.— Lo anterior, que presenta manifestaciones muy concretas ya hoy, permite a la clase obrera poner de manifiesto día a día el carácter anti-nacional de la oligarquía y le capacita para incrementar y reforzar su papel de vanguardia mañana, ante el nuevo marco de condiciones sociales y políticas que aparezca al conquistar la libertad y desplazar a la oligarquía del poder político.

En el marco concreto de Euzkadi, este proceso es real y se encuentra objetivamente más agudizado por la gran concentración de capital y el alto desarrollo industrial que allí existe. Junto a ello, las condiciones de nacionalidad oprimida, producen una serie de rasgos específicos importantes:

1.— Una buena parte de la oligarquía que domina el Estado español es vasca por su origen y sobre todo por la ubicación de sus medios de producción y bienes.

2.— Frente a la realidad nacional que constituye Euzkadi, la oligarquía ha desarrollado una política sistemática de persecución ininterrumpida y sangrienta, que va desde el bombardeo de Guernica hasta el proceso de Burgos y prosigue.

3.— Como consecuencia del doble hecho anterior —presencia de una nacionalidad y política exclusiva de represión ante este hecho por parte de la oligarquía—, en Euzkadi existe y se desarrolla un movimiento nacionalista vasco profundamente arraigado en el pueblo y altamente radicalizado. En este movimiento participan de una u otra forma todas las capas que incluimos en población.

4.— Euzkadi es un país altamente industrializado y existe en él un poderoso movimiento obrero con gran tradición de lucha y en enfrentamiento continuo con los patronos capitalistas. Este movimiento obrero mantiene posiciones *diversas* frente al problema nacional, como consecuencia de numerosos factores que se podrían resumir en dos:

- a) consecuencias del tradicional predominio burgués en la dirección del movimiento nacionalista.
- b) consecuencias de una política de las organizaciones obreras tradicionales, estrecha y poco sensible y estudiosa del movimiento nacionalista.

5.— Por encima de estas dificultades tradicionales que persisten, hoy nos parece apreciar que la maduración política del proletariado, unida a la incapacidad progresivamente demostrada por la pequeña burguesía para enfrentarse con la oligarquía y encabezar la lucha nacional, se está traduciendo en transformaciones políticas y avances muy positivos entre las principales fuerzas populares y obreras de Euzkadi. Nos referimos fundamentalmente a ETA y el PC de Euzkadi; tanto al esfuerzo de afirmación socialista de ETA y a su orientación hacia un trabajo de masas en el seno del pueblo, como a la clarificación de posturas del PC de Euzkadi sobre el problema nacional y la práctica política en este mismo sentido que se sigue de ello.

Todo lo anterior —que constituye un esquema despiadadamente escueto y pelado de complejos procesos sociales— nos sirve como referencia para deducir los siguientes criterios políticos:

1.— La clase obrera vasca —es decir, los que trabajan en Euzkadi con independencia de su origen y nacimiento— debe asumir sin el mínimo recelo ni sectarismo y cada vez con mayor firmeza la cabeza de la lucha por la libertad nacional de Euzkadi.

2.— Los movimientos nacionalistas que orientan su lucha negando el papel de vanguardia de la clase obrera y omitiendo las tareas dirigidas a fortalecer organizativa y políticamente a esta clase y a desarrollar su conciencia *socialista*, en nada contribuyen a la libertad de Euzkadi.

3.— Las dificultades que encierra lograr que el proletariado vasco intensifique su lucha por la libertad y el socialismo y simultáneamente la funda a la lucha por la libertad nacional de Euzkadi, son las dificultades que hay que superar para arrebatar a la burguesía la dirección de la lucha por un problema que no puede resolver y que utiliza y utilizará para frenar el desarrollo del movimiento obrero. Cualquier impaciencia o radicalismo que se traduzca en una dimisión de esta

responsabilidad, retrasa la única solución posible al problema.

4.— Concibiendo el proceso de liberación de Euzkadi como una lucha que tiene que librar el pueblo vasco con su clase obrera a la cabeza y que se encuentra íntimamente ligada a las tareas de acabar con la dictadura; conquistar las libertades; destruir el poder económico de la oligarquía; abrir las vías de desarrollo socialista, la clase obrera (sus partidos y organizaciones de masas), debe asumir la tarea de unificar la lucha popular-nacional de Euzkadi. Consciente en todo momento de lo que une y separa a las distintas fuerzas que confluyen en cada fase y consciente sobre todo, del papel dirigente que le corresponde y que irá conquistando y desarrollando al mantener esta política consecuentemente.

5.— La consecución y el ejercicio del derecho de autodeterminación de Euzkadi corresponden al pueblo vasco. Sin luchar decididamente por este derecho el pueblo vasco nunca podrá conquistarlo ni ejercerlo ya que nadie se lo concederá gratuitamente. Pero, traducir este hecho fundamental en una política de aislamiento de Euzkadi, planteada al margen de lo que ocurre en el resto del Estado español, es una miopía increíble (que sin embargo se da) y es negar a priori la solución del problema. Es negar también —y de aquí lo anterior— el papel dirigente en esta lucha del proletariado vasco.

6.— En efecto, el proletariado vasco para su lucha de clase necesita y necesitará siempre, la solidaridad activa del resto de los trabajadores del Estado español. De la misma manera que el conjunto del movimiento obrero debe ensanchar constantemente su unidad y tener en el proletariado de Euzkadi uno de sus destacamentos más fuertes y combativos. Una y otra cosa requieren:

- a) desarrollar la comprensión, por parte del movimiento obrero y popular de todo el Estado, de la necesidad de asumir la defensa de los derechos nacionales vascos.
- b) reafirmar constantemente el papel dirigente del movimiento obrero vasco en la lucha por la libertad nacional de Euzkadi.

7.— En el terreno ideológico, estas orientaciones implican una lucha sin tregua contra las concepciones que oponen socialismo y nacionalismo y las que predicen la lucha de los vascos *sólos*, ambas constituyen la negación directa de todo lo anterior. Junto a esto y en igual medida, se impone y apremia la necesidad de desarrollar la solidaridad efectiva de los movimientos de masas y fuerzas populares hacia la lucha del pueblo vasco por su libertad nacional.

8.— Aunque ya ha quedado señalado, y precisamente como consecuencia de los planteamientos anteriores, nos parece fundamental destacar la necesidad imperiosa de mejorar y reforzar la comprensión de los problemas nacionales, de su verdadero significado, de su carácter *agudo* y prioritario ante otros muchos, por parte de todos los movimientos populares de nacionalidad española. Una idea de Marx, que nunca sobra repetir, pone de manifiesto la importancia de esta tarea: «Un pueblo que niega la libertad a otro pueblo, nunca puede ser libre». Y, sobre todo hay un hecho que reclama con grave urgencia la solidaridad de luchas: las escalofrantes proporciones de la *represión* en Euzkadi. (46)

Para terminar, y para compensar posibles desajustes de estas páginas —que no pretenden ningún sello de «teoría», sino sólo ser un material de trabajo, unas notas de lucha— queremos añadir otras notas que refuerzan lo anterior y que juzgamos muy necesarias de tener presentes en la hora actual.

«Los integrantes de una nación grande, casi siempre somos culpables en el terreno práctico histórico de infinitos actos de violencia, e incluso más todavía:

sin darnos cuenta cometemos infinitos actos de violencia y ofensas.

Por eso, el internacionalismo por parte de la nación opresora, o de la llamada nación «grande» (aunque sólo sea grande por sus violencias), no debe reducirse a observar la igualdad formal de las naciones, sino también a observar una desigualdad que de parte de la nación opresora, de la nación grande compense la desigualdad que prácticamente se produce en la vida. Quien no haya comprendido esto, no ha comprendido la posición verdaderamente proletaria frente al problema nacional; en el fondo sigue manteniendo el punto de vista pequeñoburgués, y por ello no puede por menos que deslizarse a cada instante al punto de vista burgués».

«¿Qué es importante para el proletariado? Para el proletariado es no sólo importante, sino una necesidad esencial, gozar, en la lucha proletaria de clase, del máximo de confianza por parte de los componentes de otras nacionalidades. ¿Qué hace falta para esto? Para esto hace falta compensar de una manera u otra, con su trato, con sus concesiones a otras nacionalidades, la desconfianza, el recelo, las ofensas que en el pasado histórico les produjo el gobierno de la nación dominante.» (47)

El lector atento —y siempre hay que serlo cuando se traen a colación citas de Lenin— habrá notado que esto se escribió en 1922 cuando los Soviets se encontraban asentados en el poder sólidamente. Quizá se orienta a pensar que lo dicho tiene poco que ver con nuestro actual marco de lucha. Pero, nada resultaría más equivocado, pues lo que destaca Lenin, la insuficiencia de la igualdad formal al enfrentar nación opresora y oprimida, es mucho más válido cuando las ofensas y violencias del chauvinismo de la gran nación, no pertenecen todavía al pasado histórico, sino que *son el más cruel pan de cada día*.

Madrid. Noviembre 1971

NOTAS

(1) Gisèle Halimi. Le procès de Burgos. Preface de Jean Paul Sartre. Collection Témoins. Gallimard. 1971.

(2) Sartre: Ob. cit. pág. VIII.

(3) Esta manía doctrinaria —que en este caso es la que menos nos preocupa— constituye probablemente el defecto más extendido de gran parte de la «intelectualidad revolucionaria», constantemente preocupada por dar la apariencia de que cada página que escriben encierra poco menos que una nueva ley fundamental recién descubierta. Contra esto, pensamos que el quehacer intelectual en pro de la revolución debe estar primeramente ocupado en cosas tan «sencillas» como anotar, calcular, ensayar, etc., mucho antes de poder aspirar a ofrecer algo parecido a cualquier ley social o histórica. Pensamos en lo que es auténtico trabajo de investigación, en el trabajo de Newton, de Einstein, de Marx y Lenin o en el diario de Che Guevara, y lo echamos profundamente en falta en muchas de las «grandes figuras» actuales.

(4) Recalcamos el carácter urgentísimo de la publicación ya que el libro que nos ocupa terminó de imprimirse el 28 de junio de 1971 y el número de Alderdi 264, corresponde a ese mismo mes de junio.

(5) Sartre: Ob. cit. pág. XIII

(6) Sartre: Ob. cit. pág. IX

- (7) Alderdi, n° 264 pág. 4
- (8) Sartre: Ob. cit. pág. VIII
- (9) VI asamblea, celebrada en 1970
- (10) Durante el proceso de Burgos.
- (11) ZUTIK n° 52 pág. 5. Subrayados nuestros.
- (12) Se refiere a la burguesía nacionalista.
- (13) ZUTIK n° 52 pág. 12
- (14) Para designar al grupo excluido de la VI asamblea, el artículo que citamos emplea indistintamente los términos «expulsados», «fraccionalistas» y «milis».
- (15) ZUTIK n° 52 pág. 13.
- (16) No nos disculpamos por la extensión de estas citas, pues nuestro objetivo es anotar hechos para contribuir al mejor conocimiento de la lucha del pueblo vasco. Pretendemos con esto combatir la manía de escribir con «ligereza» por parte de «grandes hombres», mientras tantos militantes de la lucha diaria, acomplejados por estos comisarios de la cultura revolucionaria, se tragan y no exponen sus **muy importantes** puntos de vista e ideas, que sin duda constituyen los más valiosos materiales de trabajo para dar impulso a la tarea colectiva de desarrollar la teoría revolucionaria.
- (17) Sumarísimo 31-69. Ruedo Ibérico, París 1971, págs. 233-234. Los subrayados son nuestros. Algunas frases están traducidas al castellano pues originalmente fueron pronunciadas en euskera.
- (18) ZUTIK n° 52 pág. 14
- (19) ETA: Historia de una crisis continua. Incluido en ZUTIK n° 52 págs. 2-6.
- (20) Adelantándonos a las consideraciones que haremos más adelante, queremos llamar la atención del lector sobre la transparencia autocrítica y la sinceridad revolucionaria que encierra este apartado. Pensamos en tantos grupos con voluntad revolucionaria y prácticas cuasi-revolucionarias, como la que aquí critica ETA, que pueden encontrar un importante material de reflexión y estudio en estas líneas. Pensamos que todos podemos extraer importantes enseñanzas de ellas.
- (21) El análisis en el plano histórico y económico de esta tesis, es actualmente motivo de un amplio y serio debate entre diferentes corrientes políticas vascas. Nosotros no podemos abordar en estas páginas —centralmente enfocadas a la lucha política práctica— tan interesante cuestión, pero sí debemos señalar que Sartre le dedica más de siete páginas en su trabajo, defendiendo la tesis colonialista que atribuye a ETA (Sartre pág. XII: «¿Aceptaremos nosotros el decir como ETA que Euzkadi es una colonia de España?»). Las consecuencias políticas que Sartre deduce de esto no las detallamos, pues —casi punto a punto— son las que critica ETA en las líneas siguientes del documento que estamos reproduciendo.
- (22) Estas líneas constituyen la formulación clásica de la estrategia basada en «la espiral acción-represión-acción» que ha sido criticada en el apartado anterior (al margen de las masas) y que Sartre continúa atribuyendo a ETA (Sartre, pág. XXVI).
- (23) Eskubi fue uno de los hombres clave de la construcción y dirección de ETA durante los años 66-68, a cuyo frente estuvo constantemente en el interior de Euzkadi. Así lo reconoce ETA —al margen de las críticas que le hace por su actitud en la VI asamblea— frente a las calumnias que sobre Eskubi lanzan los milis y los fraccionalistas en conjunto. La lectura de las actas de acusación del proceso de Burgos permiten apreciar claramente el papel de Eskubi al frente de ETA durante los años indicados.
- (24) ZUTIK n° 52 pág. 10.
- (25) La revista SAIOAK en su número 2 desarrolla un trabajo en profundidad contra las tesis colonialistas.
- (26) SAIOAK n° 2
- (27) ZUTIK n° 52 pág. 11
- (28) Sartre: Ob. cit. pág. XXVI. El subrayado es nuestro.
- (29) Sartre: Ob. cit. Pág. XXIX
- (30) Sartre: Ob. cit. Pág. XXV
- (31) ZUTIK n° 52 pág. 4
- (32) ZUTIK n° 52 pág. 4
- (33) ZUTIK n° 52 pág. 5
- (34) ZUTIK n°52 pág. 6
- (35) ZUTIK n° 52 pág. 14
- (36) ZUTIK n° 52 pág. 14
- (37) Sartre: Ob. cit. pág. XXI
- (38) España, Estado multinacional. pág. 1. El subrayado es nuestro.
- (39) España, Estado multinacional, págs. 2, 4, 5, 11, y 16.
- (40) Sartre: Ob. cit. pág. XXI
- (41) Sartre: Ob. cit. pág. XXIV
- (42) Sartre: Ob. cit. pág. XVII
- (43) Sartre: Ob. cit. pág. XVIII
- (44) Lenin. Notas críticas sobre la cuestión nacional. 1913.
- (45) Lenin. Acerca del problema de las nacionalidades. 1922
- (46) Unos datos sobre la represión en Euzkadi en los últimos años:
1968.— Txabi Etxebarrieta, asesinado a tiros por la Guardia Civil. Iñaki Sarasketa, condenado a muerte, pena después conmutada por 30 años.
1969.— Tres muertos directamente por la policía (Urteaga, Ferrandiz y Murueta). Dos muertos por explosión de una bomba (Artajo y Azumendi). Un condenado a muerte: Arrizabalaga. Seis heridos de bala: Izko, Etxeberría, Arana, Gesalaga. Rodríguez y Orbeta. 1.953 detenidos. 558 años de prisión para 53 personas condenadas en consejos de guerra. 223 años de prisión para 93 personas condenadas por el Tribunal de Orden Público. 327 exiliados. 7.439.000 pesetas de multas.
1970.— Un muerto directamente por la policía: Roberto Pérez Jauregui. Un muerto al intentar colocar una bandera roja en Sestao: Genaro Sanchez. Dos muertos a consecuencia de torturas: M. Andueza y Javier Escalada. Nueve condenas a muerte en Burgos: Izko, Dorronsoro, Gorostidi, Larena, Uriarte y Onaindía.
16 heridos de bala en manifestaciones. Un vasco se incendia en Anoeta ante Franco: Joseba Elósegui. 693 años de cárcel para 32 juzgados en consejos de guerra (aparte Burgos) 411 años de cárcel para 235 juzgados por el TOP (127 de ellos en rebeldía) 398 detenidos en Guipúzcoa, 347 detenidos en Vizcaya, 92 detenidos en Navarra, 25 detenidos en Alava, 22.950.000 pesetas de multas a 5.053 personas. 37 vehículos incautados para compensar multas no pagadas. 143 establecimientos cerrados por orden gubernativa.
- (47) Lenin. Acerca del problema de las nacionalidades. 1922.

Sergio Vuskovic Rojo

PLURALISMO IDEOLÓGICO

En las condiciones del Gobierno Popular de Chile la construcción de la sociedad futura en nuestro país ha pasado de un problema de ciencia-ficción a un problema de ciencia.

Cuando los obreros de Petrogrado echaron las semillas del socialismo en la tierra, éste quedó apto para florecer en cualquier lugar del planeta. Y 54 años no han pasado en vano. Hoy, cuando el campo socialista es más poderoso que el imperialismo, el paso a la nueva sociedad es no sólo una tarea común de todo el pueblo, sino también un problema a resolver científicamente, dentro de un criterio de amplitud, de comprensión de las complejidades que presenta como un proceso vivo.

■ La validez de una interrogación

Al abordar las múltiples facetas del proceso liberador chileno surge, de inmediato, una interrogación, que tiene atinencia con nuestras tareas diarias, del combate de hoy; ¿esa amplia conjunción de fuerzas populares y progresistas que plantea el Programa Básico de la Unidad Popular es sólo para estos años o podrá seguir más adelante? En otras palabras, ¿esas amplias fuerzas que están integrando el movimiento de liberación en torno de la clase obrera: los campesinos, los empleados, los intelectuales y profesionales progresistas, la pequeña burguesía e importantes sectores de la burguesía nacional no monopolista irán a acompañar a la clase obrera chilena sólo en la conquista del Gobierno Popular y después serán desgajadas, como «compañeros de ruta», del proceso popular?

Y esta interrogación tiene gran validez en el caso de esos sectores de la burguesía nacional no monopolista desde el punto de vista de clase y de los católicos, protestantes o masones desde el punto de vista ideológico, ¿Llegaremos con ellos o no a la construcción del socialismo en Chile?

La respuesta que demos a estas

interrogaciones tiene directa relación con nuestras tareas inmediatas, porque ¿participarán estas fuerzas sociales, con todo el cuerpo de la contienda antiimperialista y anti-oligárquica de hoy, vale decir, en la defensa del Gobierno Popular, si no les damos una perspectiva clara sobre qué pensamos nosotros de su mañana histórico?

Mayor vigencia cobra la interrogación si consideramos que estas son fuerzas sociales activas y actuantes y que su participación contribuirá inevitablemente a decidir el combate de hoy.

Nos parece que nuestra respuesta debe ser muy clara: ¡Sí!

Podemos llegar con ellas a construir el socialismo en Chile, desde luego que partiendo de una concepción dinámica del devenir social. La participación en la construcción del socialismo no se da gratuitamente; se conquista participando en su realización o, por lo menos, no jugando un rol de freno de su llegada. Y la participación en los combates de hoy es la mejor garantía para las seguridades de mañana. Y también si para estas fuerzas se abre una perspectiva clara del papel que pueden jugar en el futuro. La amplitud de la línea de Unidad Popular acordada unánimemente para orientar las luchas de hoy presupone también una actitud amplia para las luchas de mañana.

Sin embargo, este criterio de amplitud que propugnamos no significa idealización abstracta de una situación política. Somos conscientes de que los tremendos esfuerzos combativos que realiza hoy la clase obrera, para asegurar su participación decisiva en el proceso liberador, son la mejor garantía de que el movimiento popular chileno no se quedará a mitad de camino. Rol histórico del proletariado que surge de un proceso constante de influencias divergentes, de lucha por abarcar y defender los intereses de todos los sectores participantes en el proceso liberador.

Junto a la conciencia de que la liberación nacional y el socialismo serán imposibles si el movimiento no se centra en la clase obrera, surgen en

las masas católicas cristianas o laicas algunas inquietudes naturales. Tratándose de los sectores de la burguesía nacional no monopolista, son las eternas preguntas de una clase que teme al revanchismo, a un juicio final profano. En todo caso, la instalación del Gobierno Popular, presidido por el compañero Salvador Allende, significa entonces, la apertura de una serie de interrogaciones que provienen de una situación nueva: la acción de un gobierno instalado sobre la base de nuevas correlaciones de fuerzas ¿Cómo el Gobierno Popular abrirá el camino al socialismo en nuestra Patria? Esta perspectiva ha abierto una serie de demandas: ¿no correrá peligro la libertad? ¿Cuáles garantías tendrán los sectores no marxistas específicamente los católicos? ¿Habrán libertad de creación, de investigación, de expresión de las ideas?

Son preguntas sinceras, auténticas, que surgen en el desarrollo de nuestra alternativa democrática que desembarcará en la construcción pluripartidista del Socialismo y dentro del concepto de Estado de Derecho.

Surge la tendencia a dejar estas interrogaciones en manos de la historia, como si ésta fuera personaje de tragedia que de pronto aparece y soluciona la problemática, o como si en vez de nosotros hacer la historia, ella nos hiciera a nosotros.

Toda perspectiva de futuro debe ser clarificada y garantizada ahora y tales garantías son las únicas bases sobre las que se puede establecer una marcha conjunta y coherente hacia la nueva sociedad. Es ahora cuando debemos entrar en el examen exhaustivo de nuestro camino.

El problema del acceso al Poder ha sido vital, pero no lo es menos el de su consolidación y quienes bregamos en estos instantes por la vía más compleja, más llena de astucias históricas, la línea de la conquista al Poder a través de las luchas de las masas, aún no nos preocupamos lo suficiente de dar a conocer las condiciones y bases de la sociedad futura, tal como se encuentran determinadas en el Programa Básico de la Unidad Popular.

■ El problema de las garantías y la experiencia concreta

En inmensas capas populares desilusionadas del fracasado gobierno de Frei, existe hoy una gran preocupación: ¿dónde mirar después del fracaso freísta? Son conscientes que la solución no está en quedarse aislados, indecisos e irresolutos y con mayor fuerza repugnan la alianza con los enemigos tradicionales del pueblo, con el Partido Nacional. En ellas avanza la idea de venir al movimiento popular de nuestro país, de apoyar a su Gobierno Popular; pero, se preguntan ¿el movimiento popular nos comprenderá? También: ¿Qué garantías da? Para ellos —y también para nosotros— la cuestión es ésta: ¿Sabremos garantizarnos unos a otros plena libertad en la expresión de las ideas? ¿Seremos capaces de prohibirnos toda discriminación por motivos filosóficos o religiosos?

Ya decíamos que la participación en los combates de hoy es la mejor garantía para las seguridades del mañana y, en este sentido, son ellos mismos su propia garantía porque el lugar que logren será conquistado en la lucha. Mas, esta formulación, aunque justa, no basta.

Partiendo de la base que las garantías que se establecen no pueden significar detener los cambios ni tampoco la lucha de clases que continúa, es el hecho que ningún partido de la Unidad Popular quiere ser Partido Único de Gobierno ni ahora ni en el Chile Socialista del futuro. Ambos momentos los ven como producto de coaliciones; coalición popular hoy día; coalición socialista mañana. En Chile, el legado de la historia del movimiento obrero nos entrega, como una de sus experiencias más valiosas, la existencia permanente de la unidad sindical, pero la existencia de varios partidos en el plano político y por eso, en nuestra patria, la democracia y la libertad se garantizan con el pluralismo y con la unidad sindical e incluso en el plano cultural e ideológico la mera existencia del pluripartidismo es garantía del no surgimiento de nuevas enajenaciones o alienaciones extrañas a la historia del movimiento popular chileno.

En otro plano, teóricamente hablando, la pluralidad de partidos en el gobierno socialista es una idea propiamente leninista ya que él la planteó antes y después de la Revolución de Octubre. En el primer Consejo de Comisarios del Pueblo hubo representantes que no eran bolcheviques. En efecto, también participaron los social-revolucionarios de izquierda, que fue el único partido que coincidió con los bolcheviques en hacer la paz y en darle la tierra a los campesinos, lo que no era sino la reafirmación práctica de lo planteado por Lenin en su informe a los representantes de la Guarnición de Petrogrado, el 11 de noviembre de 1917 (Obras Escogidas, Tomo 26). Les decía Lenin: «No es nuestra culpa si los socialistas revo-

lucionarios y los mencheviques se han marchado. Nosotros les hemos propuesto compartir el Poder, pero ellos quieren esperar a que la lucha con Kerenski esté terminada... Nosotros hemos invitado a todo el mundo a participar en el Gobierno... ella (se refiere a la Guarnición de Petrogrado) sabe que nosotros queríamos un Gobierno Soviético de coalición. Nosotros no hemos excluido a nadie del Soviet».

En nuestro caso, la posibilidad de un gobierno socialista pluripartidista en Chile está asociada a la idea que asegura libertad política aún a las clases desplazadas del Poder, lógicamente que en el marco del respeto a la nueva legalidad y mientras se mantengan dentro de esa legalidad.

Los gérmenes de este planteamiento también encuentran una raíz leninista. En efecto, es una idea de Lenin el planteamiento de la posibilidad de una oposición legal existente dentro del régimen socialista. Tal es así que mencheviques y socialistas revolucionarios continuaron en la legalidad y fueron la oposición legal dentro de los Soviets hasta 1921, año en que, al participar en el alzamiento contrarrevolucionario de Cronstadt, se colocaron, ellos mismos, fuera de la legalidad soviética.

Aquí puede surgir, naturalmente, una nueva interrogación, pero, ¿cuál es el caso de Chile? ¿Qué dice a todo esto el Programa de la Unidad Popular?

En su página 13, el Programa Básico del Gobierno de la Unidad Popular establece que «El Gobierno Popular garantizará el ejercicio de los derechos democráticos y respetará las garantías individuales y sociales del pueblo. La libertad de conciencia, de palabra, de prensa y de reunión, la inviolabilidad del domicilio y los derechos de sindicalización y de organización, regirán efectivamente sin las cortapisas con que los limitan actualmente las clases dominantes». Y para que no quepa duda, en la página inmediatamente siguiente, agrega: «El Gobierno Popular garantizará el derecho de los trabajadores al empleo y a la huelga y de todo el pueblo a la educación y a la cultura, con pleno respeto de todas las ideas y de las creencias religiosas, garantizando el ejercicio de su culto».

Mas, se podría argüir que esto es en el papel; por eso, ¡recurrámos a la experiencia concreta de estos primeros ocho meses de Gobierno Popular hacia el Socialismo en Chile!

En el aspecto ideológico, que es el que ahora estamos analizando, todos reconocen que las garantías otorgadas por el Programa Básico se han mantenido plenamente e incluso con exceso. En el Gobierno Popular de Chile hay dirección compartida conscientemente. Hay ausencia de caudillismo y un gran esfuerzo para terminar con las raíces más profundas de todos los sectarismo y revanchismos. Se ha mantenido la libertad a las clases desplazadas del Poder, las que conservan aún

la posibilidad de su retorno. No hemos confundido el Estado con el Partido, ni hemos confundido el Estado con la Unidad Popular. La labor de síntesis, de puesta en marcha de las resoluciones no se ha hecho en el seno de la Unidad Popular, sino en el seno de las instituciones democráticas amplias o a través de los órganos gubernamentales correspondientes.

En el Gobierno Popular de Chile ningún Partido impone sus decisiones. Cada uno, de acuerdo con sus deberes y derechos, persuade, convence o acepta las modificaciones racionales de sus aliados. Quien impone o aplica las decisiones colectivas, a que en definitiva se llega, en forma unánime, es el Gobierno de la República a través de sus organismo responsables y de esta manera, no exenta de discusiones en el seno de los Partidos integrantes de la Unidad Popular, por un lado, y, atravesando todas las innumerables dificultades que provocan los Partidos de oposición así como la oposición ilegal existente en el país, por el otro, el Gobierno Popular y la Nación como un todo, no deja de acercarse al socialismo como manifestación concreta de las distintas comprobaciones electorales ya realizadas y como concreción práctica del nuevo rol que la clase obrera y los trabajadores chilenos están jugando dentro de la vida civil chilena y de acuerdo con el Estado de Derecho en plena vigencia en el país. La sanción jurídico-política de hechos revolucionarios ocurridos en la vida social de la Nación se va efectuando de acuerdo con las normas que las propias leyes y que la propia Constitución vigente establecen para su propia modificación.

A pesar de todas las resistencias, la estructura jurídico-parlamentaria del país ha dado su sanción a un hecho magno en la historia económica del país: la Reforma a la Constitución estableciendo la propiedad exclusiva del Estado sobre las riquezas del subsuelo, lo que permite al país recuperar legalmente su principal riqueza minera, el cobre. Esto se ha conseguido no como un don de los Partidos de oposición, que tienen mayoría en las Cámaras, sino como fruto de la larga lucha del proletariado y del pueblo chileno por recuperar su riqueza fundamental. Ha sido producto de la serena firmeza con que el Gobierno Popular ha manifestado su decisión de cumplir integralmente el Programa de la Unidad Popular y por último, también ha jugado un rol el hecho que algunas de las ideas y planteamientos fundamentales del Gobierno Popular van más allá de la Unidad Popular y calan hondo en las masas de trabajadores y de capas medias que militan en los Partidos de oposición, especialmente en el Partido Demócrata Cristiano. Esta manera tan típicamente chilena de abrirnos camino al Poder ha sido planteada en un coloquio del compañero Luis Corvalán con la revista «Rinascita» aparecido el 30 de abril de este año en cuya página 6 afirma lo siguiente: «La Unidad Popular ha ganado el Gobierno de Chile en

el ámbito del Estado de Derecho; hoy operamos y continuaremos operando en tal ámbito porque no es otro el camino para la transformación estructural del país hacia el socialismo. ¿Si el adversario se lanzase a la sedición? y bien, el Gobierno y la Unidad Popular usarán todos los medios, harán un llamado a las fuerzas de las masas para el restablecimiento de la ley, naturalmente en las nuevas condiciones determinadas por la aventura reaccionaria. El Estado de Derecho no es un armatoste del cual se deba deshacer en la primera oportunidad y repito, el ámbito del pluralismo político y social que hoy signa el camino es el que mañana caracterizará el socialismo en Chile».

En síntesis, la experiencia concreta del Gobierno Popular hacia el socialismo en Chile demuestra que es posible ir avanzando hacia el socialismo y al mismo tiempo ir respetando todas aquellas garantías que se ofrecieron antes de llegar al poder. Nuestra experiencia demuestra que dentro del Estado de Derecho, del respeto pleno de las garantías individuales, es posible llegar a construir el socialismo en Chile en un régimen de pluralismo político, económico e ideológico. Pero esta posibilidad abre otra interrogante, ¿cuál será el rol del marxismo-leninismo?

■ El pluralismo ideológico y el rol del marxismo-leninismo

Así como el pluralismo político implica la existencia de varios partidos, el pluralismo ideológico implica que en el Gobierno Popular, hoy y en el socialismo mañana, existen y existirán varias ideologías. El correlato del pluralismo político es el pluralismo ideológico. Es decir, que hoy y mañana en el Chile socialista habrá plena libertad de cultos, de difusión de ideas religiosas o arreligiosas. Además del marxismo, otras ideologías podrán defender sus puntos de vista, tendrán sus revistas, publicaciones y seminarios, seguirán las iglesias y colegios católicos, los templos masónicos, protestantes o de otras creencias. Continuarán las clases de religión con su carácter de voluntariedad junto a las nuevas actividades sociales e ideológicas que irán surgiendo en el proceso revolucionario.

El Estado y la Iglesia serán plenamente independientes, soberanos cada uno en su dominio y lo que afirmamos en relación a la Iglesia Católica lo reafirmamos en relación a cada uno de los cultos que se practican en nuestro país.

¿Significa el pluralismo ideológico que nosotros, marxistas-leninistas, renunciemos a luchar para que nuestra doctrina se convierta en la teoría dirigente? Todo lo contrario, porque el marxismo tiene necesidad para su propio desarrollo de la confrontación,

en completa libertad, con otras culturas o filosofías y con las creencias religiosas. Su carácter de verdad se comprueba en la confrontación con la realidad y con las otras ideologías y en la medida en que, encarnado en las masas transforma la realidad.

El pluralismo ideológico presupone una vigilia ideológica, cada día más activa y despierta, en una actitud creadora, comprensiva y fielmente clasista. Significa que la superioridad del marxismo no se impondrá con prohibiciones o con medidas administrativas. Se convertirá en la doctrina dirigente por su fuerza intrínseca, en tanto teoría científica y de vanguardia, capaz de satisfacer los anhelos del hombre de nuestra época y ello dependerá en no poca medida de nuestra capacidad de enriquecerla, de desarrollarla en forma viva y creadora, de que no nos surjan anteojeras dogmáticas al juzgar los hechos nuevos de la realidad chilena o al enfrentarnos a la otras ideologías ya que, en algunas de ellas, nos llegarán de vuelta algunos ecos provocados por los inquietantes descubrimientos teóricos del marxismo por cuanto, dentro del complejo de interinfluencias que dena la lucha ideológica, el marxismo-leninismo influye cada vez más en las otras ideologías. Lo hace desde ya. Así se demuestra en varias ideas del estructuralismo, en la nueva concepción del trabajo que hallamos en la «Encíclica Populorum Progressio», en las críticas que dentro de la misma Iglesia surgen a las tentativas de aminorar el «aggiornamento» e incluso, en estos momentos, en Chile, parece abrirse camino en ciertos y determinados sectores que ayer no más lo abandonaron para colocarse en posiciones extremistas, que hoy repugnan.

La fuerza intrínseca del marxismo, como teoría científica y de vanguardia nos impone una redoblada vigilia ideológica para cumplir la tarea de elevar la responsabilidad y realización teóricas al nivel de la influencia política de masas del movimiento popular.

Nuestra responsabilidad teórica se expresa en dar a conocer al marxismo-leninismo como tal; en su aplicación a la realidad nacional a través de la elaboración de una línea política y de un programa necesario, sentidos y anhelados por el pueblo; preocupándonos de revitalizar nuestras tradiciones nacionales y latinoamericanas, valorizándolas críticamente frente a la hora actual; dando a conocer a todo el pueblo las luchas de los demás pueblos del mundo y especialmente la de los demás países socialistas y finalmente manifestando nuestra opinión ante cada nuevo planteamiento de los otros sectores ideológicos que participan en la batalla de las ideas en nuestro país.

Partiendo de la base que no excluimos ni el pensamiento tradicional que constituye nuestra herencia, pues nos instalamos en la tradición. Ni tampoco excluimos, como decíamos, otras formas del pensamiento contemporáneo; pero, eso sí, nos arrogamos el dere-

cho teórico —que también le reconocemos a las demás ideologías— de revisar crítica y rigurosamente todo pensamiento del pasado y del presente desde nuestra concepción dialéctica y, por lo tanto, fuera de toda unilateralidad. El marxismo se fortalece en esta confrontación, a ella debe su modo de ser. El marxismo es un debate consigo mismo y con el mundo. Mas, indudablemente todo debate, confrontación o diálogo, como toda lucha, supone un encuentro y un interlocutor.

Y henos aquí, a nosotros, esforzándonos por dejar establecido, lo más claramente posible, el terreno y los derechos de nuestros interlocutores ideológicos. Y si lo hacemos así es para asegurarle buena salud a nuestra propia doctrina, como en el pasado nos lo demostró el ejemplo luminoso de Karl Marx.

«Principios», Revista teórica y política del C.C. del P.C. de Chile.

Agosto-Septiembre 1971